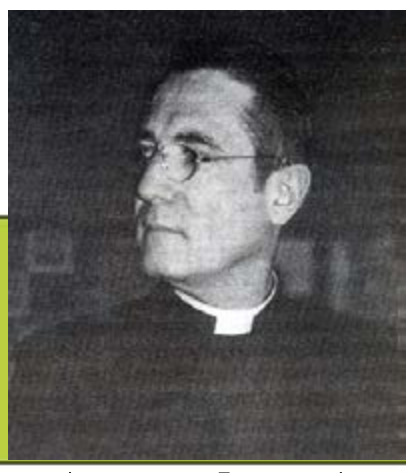
Dice Mikel de Viana: Si me preguntaran desde la perspectiva ética, cómo debe enjuiciarse a un gobierno, proyecto o partido político, diría que habría que hacerle el test de algunos principios: primero, hasta qué punto tiene claramente que el centro de interés y el objetivo de la política es la persona humana y su dignidad; segundo, que lo más importante que tiene que cuidar y proteger un Estado es la libertad de su gente, la gente es buena porque elige la bondad no porque se le fuerce a ser buena. El único modo de vivir una vida digna es teniendo libertad, porque esta es el más grande de los dones.



Papel Literario FUNDADO EN 1943 RESISTENCIA

DOMINGO 23 DE OCTUBRE DE 2022

Dirección Nelson Rivera • **Producción PDF** Luis Mancipe León • **Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez • **Correo electrónico** riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com • **Twitter** @papeliterario

PUBLICACIÓN >> *BOLÍVAR Y LA GESTACIÓN DE LA PATRIA CRIOLLA*

Entrevista a José Rodríguez Iturbe

Autor de una extensa obra dedicada a temas de historia, derecho, política y literatura, entre otros; estudioso y autor de libros sobre el nazismo, el fascismo y el estalinismo; doctor en Derecho, doctor en Derecho Canónico, Político, Parlamentario de larga trayectoria, expresidente del Congreso Nacional en Venezuela, experto en política internacional y profesor universitario, José Rodríguez Iturbe (1940) acaba de publicar *Bolívar y la gestación de la patria criolla. Elipse de una contradicción* (Editorial Alfa, 2022), tema central del intercambio que sigue

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE / ARCHIVO

NELSON RIVERA

Relata Ud. el proceso de conformación de un antihispanismo bolivariano, como uno de los factores impulsores de la emancipación. ¿Ha permanecido como tal hasta nuestro tiempo o ha cambiado a lo largo de dos siglos? ¿Está viva la leyenda negra entre nosotros?

Fue un antihispanismo forzado. Negar el elemento hispánico en nuestro mestizaje es algo *contra natura*. Por eso, maldecir lo hispánico es, de alguna manera, maldecirnos a nosotros mismos. El antihispanismo no se encuentra en Miranda, quien solo admite luchar contra España por la independencia de América. La valoración de los tres siglos de presencia hispánica está en Bello, en vísperas de la Independencia. No diría que el antihispanismo ha permanecido como tal durante dos siglos. La afirmación de lo propio encontró base, ante la expansión anglosajona que nos despreciaba racial y culturalmente, precisamente por la herencia hispánica. Basta recordar el arielismo de Rodó o la "Oda Roosevelt" de Rubén Darío. Aunque es verdad que el liberalismo posindependentista, regido por aquellas que Toynbee llama élites herodianas, estuvo nutrido de un complejo de inferioridad y baja autoestima por venir ellas de la España americana y ser lo hispánico elemento evidente y principal de nuestro mestizaje. La leyenda negra perduró en quienes tuvieron como lema que desespañolizarnos es progresar. ¿Cuál fue el resultado? Nos desespañolizamos y no progresamos. Y la ruptura con lo que éramos y seguimos siendo (porque nadie puede cancelar, aunque la desconozca, su propia historia) generó una artificial sensación de orfandad y una desorientación histórica tremenda. Solo quienes por fatuidad humana y anemia intelectual confunden la deconstrucción (como destrucción) con la revolución han insistido e insisten en la disgregación y ruptura de los elementos polimórficos de nuestra entidad nacional. Rechazando en bloque lo que fue nuestra colonia, esos resultan la expresión de un neocolonialismo cultural que impone narrativas que concuerdan con la ideología e intereses de quienes las generan, pero que no tienen nada que ver con el desarrollo perfectivo de nuestros pueblos. Baralt, Vallenilla Lanz, González Guinán, Lisandro Alvarado, Parra Pérez, Parra León, Briceño Iragorry, Gil Fortoul, Picón Salas, Mijares, Uslar Pietri, Morón, Díaz Sánchez, Manuel Caballero, Tomás Polanco, Luis Castro Leiva, Ángel Bernardo Viso, para mencionar a voleo algunos de nuestros intelectuales ya fallecidos; o Carrera Damas, Pino Iturrieta, Inés Quintero, Naudy Suárez, Tomás Straka, Carole Leal, Germán Cardozo Galué, Ángel Lombardi, Rafael Arráiz, Aveledo Coll, por mencionar académicos del presente; me parece que en ninguno de ellos está presente el fanatismo negacionista de la leyenda negra. Son gente seria. Hoy repiten los clisés de la leyenda negra solamente los representantes de la barbarie. Basta conocer la obra de un gran hispanista inglés como Hugh Thomas para estar vacunados contra la pandemia cultural aventada todavía por quienes desearían que estuviéramos siempre avergonzados de nuestra propia historia e injuriando nuestro propio origen. Y a quien no lo haya leído le recomiendo el libro *Imperiofobia y leyenda negra*, de Elvira Roca Barea.

Cita a Octavio Paz: "idealizar a los vencidos no es menos falaz que exaltar a los vencedores" ¿Se ha construido en nuestra cultura un culto a los vencidos?

Lo dijo con ocasión del V centenario del descubrimiento. Y me parece tiene razón. En el sentido que él lo dijo y en el sentido de su pregunta, puede decirse que tanto vencedores como vencidos forman parte de nuestro mestizaje. El honrar a unos no puede llevar a negar a otros. Quienes han detentado ocasionalmente el poder, han intentado, en diversos momentos, fabricar un culto de los vencidos. Hoy se difunde un indigenismo falaz que no busca la integración de lo indígena en la comprensión de nuestro mestizaje, sino una supuesta afirmación de su identidad que supondría su no integración sino su permanente segregación. Carlos Rangel advirtió contra ese indigenismo de bambalinas, que, en realidad, es falsedad ideológica y justificación de disgregación cultural y humana como supuesto "progresismo"que no busca la integración de nuestros aborígenes, sino condena a nuestro indio a seguir siendo objeto de falsa estima por oligarquías culturales y racistas que nunca nos han valorado como pueblos mestizos. No se dice lo mismo frente a la negritud, porque la mayor parte de quienes impulsan ese falso indigenismo provienen de países que históricamente fueron negreros, impulsores del comercio esclavista. Nuestro mestizaje histórico busca integración; no mentalidad de ghetto. Indigenismo como antagonismo disgregador es la antítesis de la criollidad. No se ha construido así nuestra cultura, sino nuestra contracultura. Allí está la fuente del hipócrita culto a los vencidos. Si se negaba la base real de nuestro mestizaje, había que fabricar artificialmente uno. Y esa artificialidad ha tenido siempre un tufillo ideológico. Es el antagonismo de quienes niegan la libertad y la democracia. Octavio Paz, en *La tradición liberal*, afirmó: "Sin libertad la democracia es despotismo, sin democracia la libertad es una quimera". Quienes niegan la libertad se empeñan en un artificial culto de los vencidos, buscando que la aversión a otros distraiga la atención sobre sus aberraciones. ¿No le parece que tumbar la estatua de Colón, llamar al Ávila, Waraira Repano o a la Autopista Francisco Fajardo, Cacique Guacaipuro es una necia vía de escape? Eso, al igual que, por ejemplo, la pretensión de lapidación histórica de Páez, es reflejo de una incurable ignorancia enciclopédica. Ignorancia de lo que somos. Ignorancia de cómo hemos llegado a ser. Y, por supuesto, ignorancia crasa de qué debemos ser. Andrés Bello, que añoraba epistolarmente desde Chile el ambiente cultural de la Caracas previa a la revolución de independencia, estaría, sin duda, avergonzado de las aberraciones oficialmente impulsadas de este presente trágico. El falso indigenismo de Chávez y seguidores, más que culto a los vencidos, pone de relieve la bajeza ideológica y la nulidad cultural de sus promotores. Llevamos casi un cuarto de siglo padeciendo la anticultura del *Lumpenmilitariat*. Junto a la reconstrucción material, se impone hoy, sobre todo, la reconstrucción cultural y espiritual de la República.

Providencialismo y militarismo. ¿Cómo se relacionan estas dos doctrinas o actitudes?

Fue Augusto Mijares, en *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, quien vio al caudillismo como "subproducto funesto de la lucha emancipadora, un accidente histórico dentro de nuestra verdadera realidad fundamental, que es aquella tradición de la sociedad civil". Y hablando de la sociedad civil, Luis Castro dijo que era "la manija que da acceso a la idea misma de la Venezuela contemporánea". Cuando los protagonistas de la vida pública tienen complejo de hombres providenciales estamos en presencia de un fenómeno muy negativo, que pretende sustituir la fortaleza institucional por la anomia caudillista. El providencialista siente que encarna un destino. Un destino que solo podrá hacerse realidad dirigido por él. Se siente el superhombre nietzscheano. El militar forma parte de un estamento necesario en toda sociedad que es por naturaleza jerárquico, piramidal, obediente y no deliberante. La sociedad civil en su expresión política democrática exige el pluralismo, la mentalidad crítica, el debate, la formulación de alternativas, la participación activa. Formas de ser y de existir que no caben en la vida castrense. El mundo militar y el mundo civil son distintos; se requiere que tengan coexistencia armónica, porque el primero está al servicio del segundo. Las armas son para servir y proteger; no una patente de corso para mandar y abusar. Cuando desde el ámbito castrense surge la ambición de regir lo social con tintes providencialistas estamos en presencia de una paranoia que, como enseña la historia reciente, solo produce monstruos. La arbitrariedad es paranoica. Y no es exclusiva de los militares. Siempre en nuestra historia la paranoia de militares ha contado con la complicidad de civiles que buscaban o buscan la ocasión de sacar vientre de mal año, para decirlo con lenguaje cervantino. La historia de Venezuela está llena de dramas de ese tipo. No hemos aprendido de nuestros descaminos. Y no son solo cosas del ayer. Fue Marx quien dijo que la historia se repite, primero como tragedia y luego como farsa. La historia de las últimas décadas es un buen ejemplo de ello.

(Continúa en la página 2)

Esta edición PDF del Papel Literario se produce con el apoyo de **Banesco**

Entrevista a José Rodríguez Iturbe

(Viene de la página 1)

Háblenos de Francisco de Vitoria ¿Cómo es posible que en Venezuela este hombre no ocupe un lugar destacado en la visión historiográfica del país y de América Latina?

Francisco de Vitoria es la figura central de la llamada Escuela de Salamanca. A Vitoria correspondió la más alta afirmación ante los blancos de la dignidad del indio y también del negro; y la defensa de sus derechos inalienables como personas. Sostuvo, además, la visión de la comunidad política de todos los pueblos de la tierra. Es uno de los padres del derecho internacional. Vitoria y la Escuela de Salamanca no solo desarrollaron una teoría de los derechos humanos basada en el derecho natural, sino que adelantaron (cosa sin precedente en su tiempo) tesis abolicionistas y de reintegro como reparación a las personas de derechos vulnerados. Figuran los integrantes de la Escuela de Salamanca, además, entre los padres de la economía moderna, teorizando sobre la moneda, la inflación, el interés legítimo, la usura. Para ellos, los indígenas del Nuevo Mundo, eran dueños de los territorios descubiertos. En ninguna potencia colonial, excepto en España, se encuentra una doctrina semejante. Domingo de Soto y Melchor Cano aplicaron ese "manifiesto de libertades" y la Junta de Valladolid prohibió, en 1556, las guerras de conquista. Si Vitoria y la Escuela de Salamanca no han ocupado un lugar destacado en cierta visión historiográfica ello ha sido producto del desconocimiento. Me parece que, cada vez más, Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca están recibiendo el reconocimiento que merecen.

Sostiene Ud. que la condición venezolana tiene su basamento en el mestizaje. En la emancipación actuaron fuerzas que se propusieron desconocer esa condición. Y añade: "El antihispanismo bolivariano fue una de las causas de la inautenticidad de los inicios (...) El antihispanismo (...) tuvo como eje la figura descollante de Bolívar". ¿Podría comentar la cuestión crucial de lo inauténtico y el vínculo de Bolívar con esto?

La criollidad es mestiza. Cuando España se embarca en la aventura del Mundo Nuevo ya era mestiza: Hispania, Sefarad, Al-Ándalus. Tuvo en su acción virtudes y defectos, heroísmos y crímenes. Como toda gran potencia. Fue la potencia hegemónica durante el siglo XVI. En Venezuela, la realidad del mestizaje fue evidente en la mayoría parda y, a menudo, también en la minoría mantuana, que presumía de limpieza de sangre. Francisco Fajardo era mestizo. También era mestizo Juan Germán Roscio, el gran jurista del 19 de abril y del 5 de julio. Pretender ignorar el mestizaje, es no solo desconocer sino atacar nuestra historia. Eso hacen, en alarde de ignorancia, quienes pretenden reinventar la historia y difundir una narrativa cargada de un indigenismo tan artificial como falso. En esa porción de la España americana que fue la Capitanía tardía, creada por Carlos III, se dio una tensión social y política entre una élite vasco-castellana y una mayoría de origen canario. Es verdad que los vascos (Compañía Guipuzcoana) fueron claves en la urdimbre institucional que facilitaría luego la madurez republicana. Pero la concentración de privilegios hizo que la mayoría de origen canario (los llamados por los mantuanos *blancos de orilla*) protagonizara, con Juan Francisco de León, uno de los más importantes movimientos de la preindependencia. La sociedad colonial fue profundamente estamental. La revolución de independencia fue concebida por la *intelligentsia* e impulsada por los mantuanos. Bolívar nunca ocultó que era mantuano. La Independencia, al comienzo, provocó (por prevención o rechazo al mantuanismo) un lealismo generalizado de la mayoría parda. A Fernando VII no lo conocían, pero a los mantuanos, sí. Bolívar proclamó un antihispanismo procurando convertir lo que inicialmente era una guerra civil en una guerra internacional. Por eso su antihispanismo inicial fue poco auténtico. Quería fabricar una conciencia nacional que no existía. Luego fue inauténtico porque tuvo como objetivo procurar la no oposición y la colaboración inglesa para la causa republicana. Este va a ser el elemento permanente del antihispanismo bolivariano. Se logró con Morillo la regularización de la guerra no porque hubiera tenido éxito la negación de lo que era y del elemento básico de nuestro mestizaje (Decreto de Guerra a Muerte), sino por la política del Trienio Liberal de la Península respecto a la América española. Desde 1815 (Jamaica), el Libertador procura atraer la benevolencia inglesa a la causa independentista, no solo con el antihispanismo, sino esforzándose en mostrarse como radical adversario de la lucha de razas. Boves se había apoyado en ella con éxito frente a los mantuanos. Páez atrae a los llaneros hacia la causa republicana. Bolívar teme a la pardocracia; pero, a la vez, quiere garantizar a los ingleses que la causa independentista no arrojará sobre las posiciones inglesas fenómenos raciales como los de Haití. La inautenticidad del antihispanismo bolivariano radica en el hecho de ser Bolívar la cimera expresión criolla del *homo hispanicus*.

SIMÓN BOLÍVAR (1823 – 1825) – JOSÉ GIL DE CASTRO / MUSEO DE ARTE DE LIMA

RETRATO GRABADO DE JOSÉ TOMÁS BOVES / MUSEO HISTÓRICO DE SAN MATEO, ARAGUA

> **¿Qué distingue al homo hispanicus? Gran sensibilidad y apasionamiento hasta la violencia"**

Bolívar. ¿*Homo hispanicus*? ¿Qué papel es atribuible a Bolívar en el fenómeno del personalismo caudillista en Venezuela? ¿Es posible establecer un vínculo entre el caudillismo y el modelo monárquico? ¿La emancipación constituye el punto de partida del caudillismo en Venezuela?

Por el mestizaje, todos tenemos algo de *homo hispanicus*. Unos más y otros menos. Bolívar, mucho. ¿Qué distingue al *homo hispanicus*? Gran sensibilidad y apasionamiento hasta la violencia. Individualismo fuerte y compromiso radical. A veces, un individualismo casi anárquico. Para él, solo merecen vivirse las causas que ameritan hasta el morir por ellas. Según el hipotético himno de los Tercios, "solo es libre el hombre que no tiene miedo". La valentía hispánica puede llegar hasta la temeridad. Y su terquedad (tozudez, decía siempre Américo Martín, quien tenía lo hispánico muy cerca) es proverbial. Mezcla de Quijote y Sancho Panza. Del santo y el rufián. Mezcla de lo glorioso y lo ridículo, de lo ideal y lo rupestre, de la finura y la tosquedad, de la mística y la torpeza sensorial. El *homo hispanicus* es una mezcla del hidalgo y del gañán. Es Tarik y Pelayo. El Mio Cid y el empecinado. Juan de Austria y el Tirano Aguirre. San Juan de la Cruz y Picasso. Para hacerse una idea del *homo hispanicus* basta leer a Cervantes. O a los autores del Siglo de Oro. En el *Alcalde de Zalamea*: "Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar/ pero la honra es patrimonio del alma / y el alma solo es de Dios". El Libertador no fue un dios. Fue una persona profundamente humana, con todas esas contradicciones, como podemos tenerlas cualquiera de nosotros. Fue, sin duda, un hombre excepcional y descollante en el proceso independentista. Pero tuvo grandezas y bajezas. Aciertos y desaciertos. Mesuras y desmesuras. Y en todo ello, en su conjunto, reflejó un modo de ser profundamente hispánico. Me parece que es más expresión del *homo hispanicus* que de nuestro mestizaje. Buscaba la gloria y confundió su gloria personal con la de la patria. El fin no justifica los medios. No podemos prescindir de lo que somos, ni siquiera en lo genético. Y por eso el antihispanismo bolivariano resulta artificial, paradójico, instrumental, maquiavélico, contradictorio. En la península ibérica, se asentaron los vándalos (los más bárbaros entre los bárbaros); y de eso le quedó al hispano (y a quienes tenemos lo hispánico como parte principal de nuestro mestizaje) la tendencia al vandalismo y al anarquismo, junto a una sed insaciable de orden justo. Siempre me llamó la atención que el único sitio donde el anarquismo tuvo más arraigo y extensión que el marxismo, fue en España. La FAI era más fuerte que el PCE. Aquí los anarquistas fueron los jóvenes mantuanos jacobinos amigos de Bolívar, como Coto Paúl. Al Libertador lo cura del jacobinismo el horror de la guerra racial impulsada por Boves. El orden colonial, más que por obra de los independentistas, lo destruyeron las hordas de Boves al grito de *¡Viva Fernando VII!* La violencia de nuestra independencia no tuvo parangón en ninguna otra parte de la América española. Esa lucha fratricida costó un tercio de nuestra población. Esa carga hereditaria de violencia irracional volverá a aparecer, con acentos de guerra social y racial, en la Guerra Federal. Bolívar sustituyó el mantuanismo por el pretorianismo. Me parece que esa sustitución está clara desde Angostura en adelante. El caudillismo bolivariano fue personalista. Un personalismo bonapartista. ¿Es el *homo hispanicus* caudillista? Me parece que sí es proclive al personalismo y al caudillismo. Por eso pienso que Bolívar es uno de sus claros exponentes. En la gestación de la patria criolla, Bolívar la marcó con dos notas nada buenas: el absolutismo presidencialista y un pretorianismo anudado con un centralismo asfixiante. Los caudillos armados fueron el poder y la norma en los territorios que dominaban. Así se sintieron reyezuelos. Surgió el fenómeno del *fernandoseptimismo*. Cada caudillo se sentía en su territorio con tanto poder como el "Rey Felón". Consideraron que su voluntad era omnipotente porque tenían el poder y lo ejercían con violencia, el Libertador-presidente buscó siempre un poder sin cortapisas. Toda limitación de su mando nunca fue vista por él con buenos ojos. Por eso fue siempre partidario del centralismo y de la magnificación del poder ejecutivo (que más allá de sus palabras nunca pensó seriamente en dejar mientras pudiera y viviera). Sí: pienso que abandonado el cauce civil e ilustrado de nuestra *intelligentsia* (plasmado en la Declaración de Independencia y en la Constitución de 1811), como señaló Mijares, el caudillismo pretoriano resultó un subproducto de la emancipación. Ha sido el fenómeno más dañino para nuestra vida republicana. Ha cercenado la posibilidad de una madurez política institucional coherente. El caudillismo no ha sido el soporte del Estado, sino de su deformada debilidad. Pretendiendo moldear un Estado a su imagen y semejanza, el caudillismo no generó un Estado sino un estatismo patológico. El Estado fue visto como aparato burocrático dispensador de favores; dependiente, en su entidad y modalidad, de la voluntad, capricho, avaricia o ambición del hegemón de turno. Por eso un ilustrado personaje llegó a sintetizar la ciencia del gobierno en Venezuela como aquella que consistía en abrir dos puertas: la del tesoro para los amigos y la de la cárcel para los enemigos. Y Juan Vicente Gómez, en carta a Castro, en los albores del siglo XX, exclamaba: "hoy que el triunfo completo es nuestro y que la República entera nos pertenece", patentizando la degradada pero extendida concepción de la patria como botín del vencedor.

¿Puede afirmarse que la guerra de emancipación tuvo la configuración de una guerra civil? Si es así, ¿qué explica los maximalismos o el Decreto de Guerra a Muerte?

Vallenilla Lanz, con ocasión del centenario de la Independencia, formuló ante la Academia la tesis de la Independencia como guerra civil. Sus *Crónicas de sinceridad y exactitud* rompieron con la inercia romántica de la historia oficial. Frente a Vallenilla suele recordarse, como aspecto negativo, su vinculación con el gomecismo y *Cesarismo democrático*. Se señala que justificó el gendarme necesario. Hay que releer a Vallenilla. También en *Cesarismo democrático* hay señalamientos de gran profundidad y análisis. Su postura política es otra cosa. Procurando entenderlo, que no es justificarlo, pienso que vio en Gómez un caudillo que era el fin del caudillismo. Me imagino que pensó que el gomecismo era la escayola que necesitaban las extremidades rotas de nuestra vida republicana. No seré yo quien justifique ni su adhesión al gomecismo ni la tesis del gendarme necesario. Pero sí considero que su obra como historiador es de un gran valor y ayuda a la necesaria revisión crítica de nuestra historia. Los extremismos que marcaron la dimensión bélica del proceso independentista encuentran su fuente en la necesidad de afirmar una conciencia nacional que entonces no existía o no era universal o mayoritariamente compartida. Para mí –ya lo dije– el Decreto de Guerra a Muerte está inspirado en la Guerra a Muerte al francés invasor, decretada por la Junta de la España peninsular. Aplicar ese criterio a la emancipación me parece que fue un grave error y causa de injustificables hechos de violencia asesina. Además, se aplicó con criterios disímiles. Mi remoto pariente Francisco Iturbe, quien consiguió para Bolívar el salvoconducto que le permite salir rumbo a Cartagena, caída la I República, nunca estuvo con la Independencia; siempre fue realista. Cuando le intentaron confiscar sus bienes, Bolívar se opuso y dejó constancia escrita que, si querían quitarle los bienes, él, el Libertador, ponía los suyos. Pero para otros, el Decreto de Guerra a Muerte significó la pérdida de la vida, así no fueran beligerantes partidarios de la causa monárquica. Pienso en los degollados en las bóvedas de La Guaira. Aquella orgía de sangre por ambos bandos terminó cuando Morillo, atendiendo a la política americana del Trienio Liberal hispano (1820-1823), acordó la regularización de la guerra y el reconocimiento del estado de beligerancia. Me parece que la revisión crítica de nuestra historia del período de la Guerra de Independencia encuentra en la consideración del proceso histórico-político de la España peninsular de esa época una rica y necesaria fuente de reflexión. Tomás Polanco, con el estudio de las fuentes hispánicas, impulsó una senda de rica investigación histórica que tenía un remoto precedente en Rafael María Baralt y uno más cercano en Caracciolo Parra Pérez. En esa línea me parece se mueven también Tomás Straka, Ángel Lombardi y muchos de los jóvenes historiadores.

(Continúa en la página 3)

VUELVAN CARAS (1890) — ARTURO MICHELENA / GALERÍA DE ARTE NACIONAL

Entrevista a José Rodríguez Iturbe

(Viene de la página 2)

¿Quedó establecido en el mito de origen de nuestra república el personalismo pretoriano? ¿Seguimos pendientes de la tarea de revisar y debatir la mitografía bolivariana?

La visión de Bolívar como mito de origen de nuestra conciencia nacional ha estado, lamentablemente, unida en nuestro accidentado proceso histórico republicano al personalismo pretoriano. Nuestra conciencia de nación no puede prescindir de los tres siglos de existencia formando parte del imperio español. Nuestra entidad territorial, por ejemplo, no puede entenderse y defenderse prescindiendo de la creación tardía de la Capitanía General en 1777 con Carlos III. La presencia americana de los Austrias y borbones hasta la Independencia forma parte no menor de lo que históricamente es Venezuela. Cuando Carrera Damas publicó *El culto a Bolívar* mostró con documentación abundante y dolorosa, la utilización del mito de Bolívar en función de la egolatría a menudo deshonesta de quienes han asaltado el poder y han considerado la república como finca o hacienda personal para su explotación y disfrute. Esa obra de fines de los 60 el sigo pasado marcó un antes y un después. Algunos vieron entonces ese libro con enojo. Lo que no fuera alabanza e incienso a Bolívar y el olimpo de los héroes, era recibido con recelo y malestar. Hoy me parece que puede verse, en retrospectiva, como el primer gran aporte liberador de una dudosa historia oficial que no había osado, como tendencia prevalente, mostrar con objetividad y realismo humano, la dimensión histórico política del Libertador y de los héroes de la Independencia. La revisión histórica está avanzada en México (pienso en los excelentes aportes que hiciera para México el profesor de Paris II, François-Xavier Guerra; y las visiones de Octavio Paz y Enrique Krauze) y en la Argentina (la formidable obra sobre los caudillos de Félix Luna). En Venezuela me parece que es en la actualidad la tendencia más significativa. Hay países donde esa revisión está por iniciarse. La continuidad en la revisión crítica de Bolívar como mito de origen siempre está abierta a la libre investigación histórica. La revisión crítica es siempre necesaria para evitar que la falacia de la deconstrucción ideologizada llene de falsedades y basuras el imaginario colectivo. Sobre todo, cuando esa malsana siembra es desarrollada, como política de Estado, por los exponentes de la barbarie, que pretenden asegurar, con la ignorancia y la deformación, su poder presente y disminuir (cosa imposible) la censura de sus felonías en el mañana próximo. Más que buscar mitos tutelares hay que trabajar por la reconstrucción de la república. Para lograr ese objetivo, hoy el gran enemigo es el relativismo moral. Contra el *vivir en la mentira* (como en la actualidad) el único remedio es *vivir en la verdad*. ¿Y qué es *vivir en la verdad*? Es rechazar la apariencia, el escapismo, la fatuidad, el escepticismo y la desconfianza. ¿De dónde surge el flagelo extendido de la corrupción, sino de la alergia del bien debido y de la desordenada primacía de las malsanas apetencias personales y de grupo? ¿No son, acaso, la simulación y el fingimiento, impuestos como moldes del comportamiento social, junto con las falacias ideológicas, la fuente y a la vez la coraza protectora de todo tipo de insinceridad, de inautenticidad, de pérdida del sentido moral? ¿No ha generado y genera *vivir dentro de la mentira* una cadena sin fin de complicidades? *Vivir dentro de la verdad* es saber que hoy Venezuela está destrozada y que el patriotismo consiste en que cada quien, desde la honestidad de su labor aporte, en la medida de sus posibilidades, a la refundación nacional, porque la barbarie ha buscado, perversamente, la deconstrucción de la república. La universidad renacida tendrá en esa tarea una función rectora. El hermoso himno de la tricentenaria Universidad de Caracas, la UCV, *la casa que vence las sombras*, dice en su última estrofa: "Alma Mater, Abierto Cabildo / donde el pueblo redime su voz/ nuestro pueblo de amable destino / como el tuyo, empinado hacia Dios". Vencidas las sombras, el civilismo republicano encontrará, otra vez, en la universidad, como en 1811, el faro de la luz patriótica para que Venezuela vuelva a ser la hermosa patria de todos –civil, federal y sin complejos– y no el estercolero de los odios, donde la ha rebajado, para su destrucción, la barbarie hecha poder. Lo dijo Péguy y lo repitió Mounier: "La revolución será moral, o no será". Hay todo un programa de exigencia personal y de servicio al bien común en los versos limpios de Andrés Eloy Blanco: "Para el bueno, la idea tiene el ancho del mundo / y un pan es del tamaño del hambre del hambriento. / Como si fueras de cristal, / realízate por dentro, / como si un mundo de miradas te estuviera mirando, / como si el pueblo tuyo te tuviera de espejo / para que se peinaran sus hijos / la conciencia mirándote el corazón entero". De la universidad volverá a surgir la nueva promoción de la dignidad, que recogerá el legado de los jóvenes mártires. Y recuerdo aquella dedicatoria de Pío Gil: "A los nuevos e incontaminados, el saludo de quienes quizá no vivirán para verlos, pero que sí supieron presentirlos".

Por último, si me lo permite, quiero comentarle mi sensación: su libro emana amor y dolor por la patria venezolana. Como si ella fuera para Ud. una herida abierta. ¿Cómo siente a Venezuela desde su exilio?

Vivir fuera de la patria es una situación que golpea. La incertidumbre del tiempo de la ausencia, la imprecisión sobre el momento del regreso, la carencia de la real expectativa de realizarlo, puede abatir el ánimo con el peso aplastante de lo inasible, de lo que escapa a la previsión y a la decisión personal. La permanencia del anhelo del retorno y la continuada visión del marchitarse de esa esperanza puede terminar por agostar la creencia de que resulta posible imaginar un futuro diferente. Intelectuales y políticos, poetas y luchadores, que han experimentado tal vivencia, han dejado constancia de esa tensión en la cual lo racional y lo afectivo, la comprensión y la emoción, van produciendo un desgaste que hace de la expatriación una circunstancia muy dura. La ausencia es el comején de la esperanza. El exilio resulta, visto así, como un forzoso y doloroso *deshacer el nido*. Si el propio hogar tiene una dimensión vitalista de nacimiento, crecimiento, decrecimiento y muerte, siguiendo una ley natural de vida, el exilio, en cambio, es visto como la antinatural y no deseada destrucción del gran hogar patrio. La dura realidad del exilio es la evaporación de la casa propia. Atrás quedan, físicamente, distanciados, los espacios, los amigos, el entramado de relaciones que dan fisonomía real, geográfica y humana, a la existencia. La otredad, la compleja y plural otredad, que resulta la expresión del tejido de la vida vivida, de pronto, abruptamente, queda como en suspenso y se presenta la necesaria e ineludible reelaboración de la existencia. Una reelaboración que resulta como una segunda edición de un libro no pensada por su autor. Pero no es retórica pura o simple pensamiento: es vida, vida reelaborada que presenta desafíos nuevos e ineludibles. Es una reelaboración de la existencia, nunca igual a la ya antes vivida, un doloroso rehacerse del cañamazo de la vida, una reconstrucción forzada (y a veces insatisfactoria) de la dimensión dialógica que todo ser humano requiere con sus semejantes, pero entonces resultado o factura de la necesidad, en un medio, en un conjunto humano, que resulta extraño cuando no ajeno, porque no es el propio, naturalmente hablando. Esa es la migración forzada que constituye el exilio, la que deposita en el ánimo del desterrado una insuperable y permanente conciencia de extrañeza. El sino de ser un extraño en una tierra y con una comunidad humana que originariamente no es la suya ni que es, por él, escogida con libertad y espíritu de inclusión. Y ello condiciona, a veces de manera no pequeña, tanto su racionalidad como su voluntariedad. Todo destierro, de alguna manera, supone un vivir de despojos. De los despojos del ayer, que quedó atrás. De los despojos del sueño del mañana, que no se sabe si logrará, en un futuro incierto, concreción real. La voz de los poetas conduce, más allá de las diferencias políticas, a la expresión del sentimiento de una manera que lleva a la identificación en el padecimiento de la pena, la realidad del exilio. Un hombre tan inestable como sensible, que podía ir de la violencia física a la reflexión profunda, un ser tan paradójico como Alfonso Vidal y Planas, anarco-sindicalista, militante de la CNT, llegando en 1939 expatriado a Estados Unidos, donde luego moriría, tocando el timbre de la puerta del exilio forzoso, en su paso por Ellis Island, decía con tono conmovedor: "Enterradme en España cuando muera / (¡por caridad, hermanos, en mi España!) / si herido de su amor, en tierra extraña / desangrado en suspiros, me muriera". Quienes estamos fuera podemos decir, sin que ello nos avergüence, que hemos leído esos versos –como los de Juan Antonio Pérez Bonalde o los de Andrés Eloy Blanco o los de Francisco Pimentel (Job Pim)– con la vista brumosa de los ojos reblandecidos por el amor sublimado y distante a Venezuela. El exilio lleva a sentir como propio todo dolor de exilio. Durante décadas procuré ser firmemente solidario con el exilio cubano que llenó de bondad nuestra tierra. Así, aunque fuera escrito pensando en la bandera de la estrella solitaria, en el estandarte nacional de Cuba, pienso que no hay venezolano en las rutas del ostracismo que no haya podido recitar con la emoción de lo que atañe a uno mismo, aquellos versos del poema "Mi bandera", de Bonifacio Byrne: "Si desecha en menudos pedazos / llega a ser mi bandera algún día / ¡nuestros muertos, alzando sus brazos / la sabrán defender todavía!". Al Andrés Eloy Blanco de *Giraluna*, el del exilio mexicano, lo aprendimos de memoria intentando comprender su agonía, sin saber, en el sentir adolescente, que tendríamos que hacerla nuestra, en la madurez avanzada. Cito, arropando la memoria, aquella explicación de la patria, que prácticamente no conocían, a sus hijos (mis primos) entonces de muy corta edad, que dejó en el "Canto a los hijos": "Los cuatro que aquí estamos / nacimos en la pura tierra de Venezuela, / la del signo del Éxodo, la madre de Bolívar/, y de Sucre y de Bello y de Urdaneta / y de Gual y de Vargas y del millón de grandes; / más poblada en la gloria que en la tierra; / la que algo tiene y nadie sabe dónde; / si en la leche, en la sangre o la placenta / que el hijo vil se le eterniza adentro / y el hijo grande se le muere afuera". El poeta grande y bueno, que murió en el exilio, nos recordó en sus versos que a ella, a la patria lejana ("más difícil que un pozo en el desierto / más bella que un amor en primavera"), a Venezuela, "inalcanzable y pura / sabemos ir por el ¡Bendita seas!". El exiliado requiere de un asilo más espiritual que material, más anímico que territorial, más afectivo que político, más auténtico que formal, más moral que crematístico, más humanamente solidario que fríamente burocrático. Estando *ligero de equipaje*, para decirlo con el lenguaje poético de Antonio Machado, el exiliado siente, el imperativo interior de dejar testimonio. Puede ser que este no sea sino un grano de arena en el desierto, pero es *su* grano: la sequedad lacerada y lacerante de una humana dimensión que exige ser comunicada. De nuevo Andrés Eloy Blanco en su elogio de Pérez Bonalde: "Donde quiera que cayeran a lo largo de América –pueblo de poca gente y hondo mandamiento– el andar y el morir eran vuelta a la Patria". Le pido a Dios la gracia de poder morir en la patria; de ver el comienzo del nuevo amanecer.

**Bolívar y la gestación de la patria criolla. Elipse de una contradicción.* José Rodríguez Iturbe. Editorial Alfa. Caracas, 2022.

PUBLICACIÓN >> *BOLÍVAR Y LA GESTACIÓN DE LA PATRIA CRIOLLA*

Bolívar: santo y seña del militarismo

"Lo que hace excepcional la obra de Rodríguez Iturbe es la minuciosa y detallada revisión del período independentista, evento tras evento, carta tras carta y documento tras documento, para identificar la progresiva gestación de ese militarismo, que en su criterio es precedido por un mantuanismo inicial"

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE / ARCHIVO

ALEJANDRO MARTÍNEZ UBIEDA

Aquí no manda el que quiere,
sino el que puede
Simón Bolívar

En *Bolívar y la gestación de la patria criolla*, José Rodríguez Iturbe hurga de manera inclemente en muchas de las nociones más asentadas que los venezolanos tenemos de nosotros mismos y de nuestra historia. También, y quizá es esto lo más relevante, en nuestro presente, vale decir, en las consecuencias presentes de ese pasado. Se adentra nuestro autor en terrenos minados, por irracionales y fanatizantes: la patria, el nacionalismo, el Libertador, y cuestiona la imagen de este con respeto, pero sin recato.

La tesis central de Rodríguez Iturbe sostiene que, en el nacimiento de Venezuela como nación independiente, ante el camino de la construcción de un modelo cívico, representativo y plural, –con las limitaciones de la época– se tomó la vía de las armas como elemento preponderante en esa liberación independentista que realmente fue una guerra intestina. Esta idea no es nueva, varios autores han sostenido tesis similares, quizá con menor rigor. Y esa decisión de tomar el camino armado en oposición a vías más institucionales, políticas o negociadas, el autor la llama por su nombre: militarismo.

Lo que hace excepcional la obra de Rodríguez Iturbe es la minuciosa y detallada revisión del período independentista, evento tras evento, carta tras carta y documento tras documento, para identificar la progresiva gestación de ese militarismo, que en su criterio es precedido por un mantuanismo inicial, así como las consecuencias de esa cultura militar pretoriana. Rodríguez Iturbe no duda en calificar ese militarismo como opuesto a la "*intelligentsia*" civilista liderada por Roscio, que tuvo repetidos fracasos en su intento por que prevaleciera un desarrollo más cercano a los valores democráticos.

Rodríguez Iturbe trata, entre muchos otros eventos, el Decreto de Guerra a Muerte, la entrega de Miranda a las fuerzas españolas, el degüello de civiles españoles en La Guaira, la migración a oriente, el asesinato de los frailes del Caroní y el ajusticiamiento de Piar. Sobre el Decreto de Guerra a Muerte, la mirada aprobada por el culto a Bolívar sobre este asunto es esquiva, incómoda. Se asume que un suceso tan sangriento, tan inmisericorde contra una población inerme, en muchos casos ajena al enfrentamiento, era inevitable, tan inevitable que el noble Libertador se vio obligado a llevarlo a cabo. Pero para tener una idea ajustada del clima que generó el decreto, vale la pena repasar, porque no estará en el texto escolar, reacciones como la de Campo Elías, quien exclamó: "Yo los mataría a todos y me degollaría luego, para que no sobreviva nadie de esa maldita raza" (Rodríguez Iturbe, 2022), o la ocurrencia de Antonio Nicolás Briceño, quien profirió: "Para obtener derecho a una recompensa, o a un grado, bastará cierto número de cabezas de españoles, o de isleños canarios. El soldado que presente 20, será hecho abanderado, 30 valdrán el grado de teniente, 50 el de capitán…" [1]. En fin, no es fácil concebir en la distancia la magnitud de una degollina que, al final, se produciría entre gentes con siglos de coexistencia pacífica y sin un real sentimiento nacional. ¿El Decreto de Guerra a Muerte obedeció a una necesidad imperiosa del enfrentamiento?, ¿o fue una acción desesperada cuyas consecuencias aún gravitan sobre Venezuela?

El análisis de Rodríguez Iturbe, y esto es un valor fundamental de su obra, acompaña constantemente la consideración de los sucesos de la independencia con una mirada profunda de cuanto sucedía en España al momento. Así, va analizando los sucesos en la península ibérica e incorpora las consecuencias de estos para la situación en la España americana. De igual modo, en ocasiones coteja los caminos de Bolívar con los escogidos anteriormente por los Estados Unidos y recogidos en *The Federalist Papers*, que no por casualidad llevan ese nombre. En su criterio, el pecado original de la Independencia se halla en el centralismo radical defendido a ultranza por Bolívar, que unificó el poder civil con el militar en su persona. Así, el poder civil quedó claramente atenuado ante lo militar, y estando ambos mandos en cabeza de Bolívar, quien en reiteradas ocasiones dejó constancia de su desdén por el rol de autoridad civil, la preeminencia de lo militar estaba garantizada. "…Mi oficio de soldado es incompatible con el de magistrado…" dijo Bolívar en el Congreso de Cúcuta, en 1821, desechando dudas sobre su preferencia por las armas en oposición a las tareas propias de la construcción institucional tan necesaria en una república naciente. ¿Por qué Bolívar no asumió únicamente su vocación militar permitiendo que un gobierno con contrapesos se encargase de la presidencia, del ejecutivo?

Rodríguez Iturbe presenta una visión en la que vincula directamente este origen centralista militarista como un sino fatal en el devenir de nuestro país, lo que es particularmente relevante si tomamos en cuenta que Venezuela ha sido gobernada por regímenes militares o de inspiración militar en la casi totalidad de su historia. De las cívicas bolivarianas de López, la semana de la patria de Pérez Jiménez, a los círculos bolivarianos, entre otros, el poder ejercido por militares ha respondido a un santo y seña, Bolívar.

Bolívar tuvo en su momento una gran oposición que el tiempo ha hecho difusa. No fueron pocos los que se opusieron, o aceptaron a regañadientes, el camino del Libertador. Señala el autor que "El antibolivarianismo surgió no solo contra la hermosa y grandiosa construcción ilusoria de la Gran Colombia, sino contra el peso de un personalismo que, si bien algunos justificaron para ganar la guerra, resultó inoperante e inadmisible para muchos otros cuando se trató ya de ganar institucionalmente la paz" [2].

Un elemento muy importante que resalta la obra es el de la conformación, a partir de la conducción militarista del proceso independentista y de acciones como el Decreto de Guerra a Muerte, de las bases de un antiespañolismo contranatura, que con el paso del tiempo ha sido un apoyo para otro de los problemas de Venezuela: el indigenismo, es decir, la creencia maniquea según la cual los españoles fueron unos bárbaros asesinos y la población indígena la pobre víctima de sus desmanes. De esta visión derivan muchas consecuencias perniciosas, como las descritas hace un buen tiempo por Carlos Rangel, y algunas incluso sumamente ridículas, como las que encarnan hordas que ajustician estatuas de Cristóbal Colón.

Con notable valentía, José Rodríguez Iturbe nos presenta un análisis desmitificador, un análisis que nos lleva a preguntarnos por qué razón la figura de Bolívar gravita sobre nosotros permanentemente, como si quisiera recordarnos, en cada plaza de cada pueblo, en cada gran avenida, en universidades, en nuestra moneda, en el nombre de nuestra nación, que sobre nosotros hay un peso que nos define, una reverencia debida por default, una mirada que nos observa de una manera que, con cierta exageración, podría recordar la que hoy, desde tantos edificios, franelas y aeropuertos, nos aclara cualquier eventual duda sobre quién es nuestro líder ideal, nuestro hombre fuerte. Aún desde la muerte. Devolvamos la mirada.

1 Ibid.
2 Ibid.

El debate histórico. Un fragmento

Se reproduce a continuación un fragmento de la introducción de *Bolívar y la gestación de la patria criolla. Elipse de una contradicción* (Editorial Alfa, Caracas, 2022)

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE

Octavio Paz [1914-1998] señaló que las críticas al V Centenario casi siempre olvidaban lo esencial: "sin esas exploraciones, conquistas, acciones admirables y abominables, heroísmos, destrucciones y creaciones, el mundo no sería mundo". Y añadía:

"En 1492 el mundo comenzó a tener forma y figura de mundo. Algunos alegan que sería mejor llamar encuentro al descubrimiento. Otros dicen que la conquista fue un genocidio y la evangelización una violación espiritual de los indios. Idealizar a los vencidos no es menos falaz que idolatrar a los vencedores; unos y otros esperan de nosotros comprensión, simpatía y, digamos la palabra, piedad" (5).

El español que viene a América es un hombre a caballo entre dos épocas: mitad renacentista y mitad medieval. Paz destaca que en esa dualidad radica la "fascinante ambigüedad" del descubrimiento y la conquista; empresa histórica que no puede entenderse al margen de la evangelización. Como él señala, en la conquista angloamericana la dimensión evangelizadora no aparece nunca entre los motivos principales. (Porque también en la otra América, en una geografía muchísimo más reducida [escaso territorio entre el Atlántico y las Rocosas], hubo conquista, aunque distinta: no hubo fusión de sangre, sino exterminio de indios; interesaba el territorio, no la mezcla, ni la convivencia, con los originales moradores. Ni la corona inglesa ni los colonos protestantes se plantearon entonces, de manera orgánica, la evangelización de los aborígenes).

¿Por qué España lo hizo? Porque obedecía al impulso de su propia historia, a las complejidades de su ser nacional. Cuando España llega a ser nación ya era mestiza. La Península Ibérica en su conjunto fue la Hispania romana. Tres fueron sus ramas principales: la lusitana, que abarcaba lo que hoy correspondería a Portugal; la bética, que de manera genérica abarcaba lo que hoy es Andalucía; y la terraconense (que era la de mayor extensión y abarcaba lo que hoy es Castilla-León, Galicia, Cantabria, Vascongadas, Valencia, Cataluña y Baleares). La Sefarad judía abarcó toda la Hispania romana.

Como se ha visto, la presencia árabe en España se remonta a comienzos del siglo VIII. Fue al-Ándalus. Se prolongará en tres grandes oleadas por ocho centurias. Junto con la llegada de los árabes comienza también la larga Reconquista y repoblación del solar nacional, que había de durar un tiempo semejante. El desembarco de Tarik [Táriq ibn Ziyad, ¿-722] y Muza [Musa ibn Nusair, 640-716] se realiza, en efecto, el 711. El 722 comienza en Covadonga la Reconquista, que finalizaría con la toma de Granada el mismo año del descubrimiento de América, en 1492.

El 732, los árabes del califato omeya, que ya habían pasado los Pirineos, fueron derrotados en la batalla de Poitiers por Carlos Martel [686-741]. Su retroceso más acá de los Pirineos, a al-Ándalus y su asentamiento allí, fue prácticamente coetáneo con el inicio de la Reconquista por don Pelayo [¿-737], primer monarca del Reino de Asturias. Sin embargo, habrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIII, durante el reinado de Alfonso X el Sabio [1221-1284], para encontrar la última e importante invasión árabe a la Península Ibérica, la de los benimerines africanos.

Claudio Sánchez-Albornoz [1893-1984] destacó el angustioso querer ser de los primeros siglos de la Reconquista; y el posterior querer demasiado, que lleva a la exaltación de la individualidad. El querer ser inicial era una vía de supervivencia, de conservación de su entidad como pueblo. El querer demasiado, en cambio, reflejaba una voluntad de dominio y señorío (6).

Señala este autor el papel decisivo de España en la cristalización de la Edad Media en la Europa transpirenaica, como vanguardia y maestra de Europa. Siendo, así, "escudo y centinela frente al islam", permitió el desarrollo del feudalismo europeo que, luego de la destrucción del orden romano por los bárbaros, prepararía el camino a las sociedades políticas de la modernidad.

Así, "mientras Europa yacía desmedrada y misérrima espiritualmente, en España florecía la civilización arábiga, que había conservado y transformado las viejas esencias de la cultura antigua". A través de España recibió, en efecto, Europa los aportes filosóficos y tecno-científicos de esta civilización.

Los descubrimientos, la conquista y la colonización del Nuevo Mundo, como empresa española, ampliaron el área geográfico-cultural del mundo de Occidente.

(5) PAZ, Octavio [1914–1998], 'La democracia: lo absoluto y lo relativo* (conferencia inaugural del ciclo El Porvenir de la Democracia, en el Pabellón de España, Feria de Sevilla, 1992), publicado en *El Mercurio* (cuerpo E, Artes y Letras), Santiago de Chile, domingo 26 de abril de 1992.
(6) Cfr. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio [1893–1994], España, un enigma histórico, I, Sudamericana, Buenos Aires, 1956, p. 17. De esta importante obra hay edición más reciente: Edhasa, Barcelona, 1977.

HISTORIA >> A PROPÓSITO DEL MÁS RECIENTE LIBRO DE JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE

Bolívar: obstáculo mayor

"Se trata de una obra fundamentada –466 pies de página– y exhaustiva –567 páginas–, escrita en lengua diáfana, impecable, capaz de alternar lo argumental y lo narrativo con fluidez y amenidad. Un libro que no nos habla de cómo Bolívar ha sido manipulado por los políticos de turno para sus fines, sino de cómo este, por las ejecutorias de su vida –meticulosamente documentadas y analizadas– dejó un legado que aún gravita sobre nosotros y nos orienta a la orfandad, la inestabilidad institucional y el personalismo militarista"

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE / ARCHIVO

CARLOS LEÁÑEZ ARISTIMUÑO

Hay pasados que no terminan de irse; el pasado venezolano es uno de ellos. La gloria de la Independencia, siempre dominante en nuestro imaginario, extiende su sombra de presente perpetuo.
Ana Teresa Torres

Es un gran fracaso de la generación de nuestros libertadores no haber ofrecido salida viable a nuestros países en el terreno esencial de la organización de la sociedad y del gobierno.
Ángel Bernardo Viso

Cada derrumbe tiene su explicación, pero Bolívar aparece en el medio de todos los escombros.
Elías Pino Iturrieta

Bolívar: ¿polvo que trajo estos lodos?

Desde el centro de cada pueblo o ciudad de Venezuela, Bolívar se yergue como soporte de la nación. Es nuestro referente, inspiración, cohesión, esperanza. Nuestra promesa de un mañana –*siempre mañana*– digno y pleno. Capaz de los más grandes sacrificios, del valor más asombroso, de la lucidez más certera, Bolívar preside la venezolanidad de manera indisputable. Somos sus indignos hijos: hemos malbaratado la libertad y la gloria que puso en nuestras manos. ¡Hace falta otro Bolívar para acabar con tanta ignominia! Un hombre fuerte... ¿O no? ¿Y si los polvos bolivarianos fuesen la directa raíz de los lodos chavistas? Estremece pensarlo. No, no puede ser, Chávez usó a Bolívar para embaucarnos. Nada tiene que ver con él. ¿O sí?

Quien es perfectamente feliz no escribe, vive. Pero quien atraviesa una crisis sí que escribe y mucho: necesita objetivarse, entenderse, dar sentido; precisa respuestas desde los fundamentos. Es tal su grado de sufrimiento que está dispuesto a ir al fondo del asunto y, de ser el caso, replantearse todo. Un creyente, en medio de un injusto y persistente infortunio, se preguntará: ¿existe Dios? Un venezolano, en medio de la ruina chavista, se pregunta: ¿nos sirve de algo Bolívar?, ¿estamos aquí a pesar de él… o por él?

Con la escritura del libro *Bolívar y la gestación de la patria criolla,* José Rodríguez Iturbe se une al grupo creciente de venezolanos valientes e incisivos que se interrogan a fondo. Se trata de una obra fundamentada –466 pies de página– y exhaustiva –567 páginas–, escrita en lengua diáfana, impecable, capaz de alternar lo argumental y lo narrativo con fluidez y amenidad. Un libro que no nos habla de cómo Bolívar ha sido manipulado por los políticos de turno para sus fines, sino de cómo este, por las ejecutorias de su vida –meticulosamente documentadas y analizadas– dejó un legado que aún gravita sobre nosotros y nos orienta a la orfandad, la inestabilidad institucional y el personalismo militarista. Damos aquí cuenta de las que consideramos sus claves principales, factores ineludibles para transitar hacia una imprescindible e impostergable lucidez.

Nace un revolucionario

Cuando despunta el siglo XIX, quienes desean independencia y poder –los mantuanos– comienzan a operar la búsqueda de una institucionalidad autónoma regida por locales, esgrimiendo una causa muy popular: la defensa de Fernando VII frente al usurpador francés. La primera escala exitosa de esta estrategia la constituye el 19 de abril de 1810: el capitán general es sustituido por una Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII y –tal como reza la relación del intendente de Ejército y Real Hacienda– "se proveyeron los mandos militares en criollos, deponiendo a los europeos". La segunda es el 5 de julio de 1811. El juramento que prestan los diputados al Congreso reza: "Juráis a Dios por los Santos Evangelios que vais a tocar y prometéis a la Patria conservar y defender sus derechos y los del Señor Don Fernando VII, sin la menor relación o influjo de la Francia…", pero el proceso desemboca meses después en la independencia. En el argumentario resulta esencial la pérdida de *auctoritas* de la corona, vista la indignidad de Fernando VII y Carlos IV arrodillados ante Napoleón en Bayona: "contra la voluntad de los pueblos, faltaron, despreciaron y hollaron [los Borbones] el deber sagrado que contrajeron con los españoles de ambos mundos […] por esta conducta quedaron inhábiles e incapaces de gobernar a un pueblo libre, a quien entregaron como un rebaño de esclavos", indica el acta. Anótese que nos asume como españoles de América.

¿Cómo opera Bolívar en estos acontecimientos? Desde 1807 comienza a obrar. Archivos acreditan "las concurrencias que se tenían en la casa de Don Simón Bolívar junto al Río Guayre, en donde se trataba por el mes de julio de la formación de la Junta [abortada en 1808 por las autoridades]". En 1810, en Londres, "contraviniendo expresas instrucciones de la Junta", Bolívar se reúne con Miranda y lo urge a regresar a Venezuela. "Bajo su tutelaje, la Sociedad Patriótica se convirtió en una especie de partido político popular radical. La impaciencia y el estilo, no exento de jacobinismo, de los jóvenes llamados 'hombres de Miranda' provocó choques frontales […] Juan Germán Roscio llegó a llamar a la Sociedad Patriótica 'velorio político' y Manuel Palacio Fajardo la calificó de 'club patriotero'". Reseña nuestro autor hechos que apuntan claramente a la intolerancia y radicalismo bolivarianos. Uno, "la primera apasionada defensa del fuero parlamentario". Ocurre cuando el rector de la Universidad de Caracas y diputado por La Grita exponía sus reparos a la Declaración de Independencia. Los "miembros más relevantes de la Sociedad Patriótica –Simón Bolívar, Vicente Salias, Francisco Antonio *Coto* Paúl Terreros– lo insultaron desde las barras e intentaron sabotear su exposición. Miranda, Roscio, Quintana y Méndez intervinieron en forma clara en defensa de la libertad parlamentaria en medio del tumulto. En 1811, la primacía de la racionalidad jurídica y el respeto al pluralismo importaban poco o nada a los más exaltados tribunos de la Sociedad Patriótica". Otro hecho digno de reseña es el discurso de Bolívar ante la mencionada sociedad, pronunciado el 4 de julio de 1811 para urgir la Declaración de Independencia. Todo es blanco o negro e inmediatismo absoluto. Dice Bolívar: "unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una *traición* [cursivas mías]". Dicho en claro: quien piense distinto no sostiene un punto de vista diferente, es un aliado del mal, y este, por razones morales y políticas, debe ser extirpado.

Miranda bien vale La Carraca

Civil, federal, mantuana-caraqueña, huérfana de apoyo popular y sin la adhesión de las provincias de Maracaibo, Coro y Guayana, nace la Primera República. Dura hasta el 25 de julio de 1812. Pero ya desde el 6 de abril se disuelve el Congreso y nombra a Miranda dictador y jefe supremo de Venezuela con el rango de Generalísimo… "de un ejército inexistente". Miranda "solicitó que se privase de mando a Bolívar por considerarlo joven *peligroso*. Su petición no fue escuchada". En defensa de la monarquía, un modesto capitán de fragata canario –Monteverde– desembarca en Coro con poco más de trescientos hombres y se va haciendo fuerte a medida que avanza. "Recibió ayuda de criollos que, proclamándose partidarios del rey, eran sobre todo adversarios del poder de los mantuanos caraqueños […] La Primera República agonizó mientras sus reducidas fuerzas militares se evaporaban y su carencia de municiones era casi total. La pérdida de Puerto Cabello (plaza comandada por el coronel Simón Bolívar), el 30 de junio, fue la derrota final". Miranda, "previa consulta con el Ejecutivo" suscribe el armisticio conocido como Capitulación de San Mateo. Bolívar consideró esto una traición y, apenas seis días después, junto a otros jóvenes oficiales, procedió en la Guaira a impedir la salida de Miranda, el cual termina en manos de Monteverde. Este "justificó el otorgamiento del salvoconducto [a Bolívar] que le permitió viajar primero a Curazao y después a Cartagena, destacando que era en premio por su ayuda a capturar al traidor Miranda". Rodríguez Iturbe considera esto "un acto injustificable". Y añade: "Solo el ocaso de Miranda permite el brillo ascendente de Bolívar".

Del aire civil al plomo militar

Ya en Cartagena, analiza Bolívar: "El más consecuente error que cometió Venezuela […] fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante […] Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano […] El sistema federal bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados. Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos, porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano". Denuncia, además, en el documento "la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla". Vemos así claramente que, "sobre los escombros de la Primera República, va perfilando Bolívar el argumentario autoritario, militarista, centralista y personalista que corroerá nuestra vida republicana". Rodríguez Iturbe objeta que la república "nacía federal o no nacía", dado el rechazo a Caracas y a los mantuanos, que aspiraban a ser depositarios excluyentes del poder, factor este que pesó mucho más que "el idealismo teórico de los intelectuales". Y remata: "Si no había virtudes republicanas y era patología social generalizada el desconocimiento de derechos y deberes, ¿cómo podía hacerse históricamente viable la república? La respuesta es simple: *tan solo imponiéndola una élite que se autovaloraba ilustrada, por la fuerza de las armas, a un pueblo al que consideraba cultural, moral y políticamente minusválido* [cursivas mías]".

Vienen, como nunca, de lado y lado, devastación, inhumanidad, disolución social: Boves, Guerra a Muerte, saqueos, violaciones, degollamientos, emigraciones forzadas. Bolívar –ese que no firmó el Acta de Independencia ni la Constitución de 1811, ese que no se hallaba en el esfuerzo civil– irrumpe en 1813, fulgurante y armado, desde Cúcuta, con Campaña Admirable y Decreto de Guerra a Muerte, para ya no abandonar, desde su condición de militar, el centro del escenario. Irrumpe también de su mano un factor gravísimo: el antihispanismo. A ello dedica Rodríguez Iturbe estas reflexiones: "La pretensión de hacer de la emancipación el rechazo de lo hispánico se convirtió en una trágica tarea que se tradujo en el empeño de dejar de ser nosotros mismos […] *lo cual condujo a la imposibilidad de construir repúblicas que respondieran a las realidades de los pueblos* [cursivas mías]".

No le preocupa a Bolívar, al culminar la Campaña Admirable, la restauración de la Constitución de 1811. Solicita al mantuano Francisco Javier Ustáriz un Proyecto de Gobierno Provisorio para Venezuela que culmina en una total centralización de los poderes y en la unificación, bajo su mando, de los estados de Oriente y de Caracas. El todo sin consultar a interesados —Mariño, por ejemplo—, sin que mediase asamblea alguna y previendo su integración "en un nuevo Estado unitario con las provincias que formaban la Nueva Granada". Ve claramente aquí Rodríguez Iturbe "la raíz histórica del nefasto caudillismo pretoriano que desde entonces ha sido la plaga mortífera de la institucionalidad y de las libertades públicas en Venezuela".

Súbditos republicanos

Bolívar y Mariño terminan por ser puestos fuera de los mandos y del escenario de guerra venezolano por Ribas y Piar. Desde Carúpano, promete Bolívar volver "por la senda del Occidente". No logra retomar esa senda: el 9 de mayo de 1815, acompañado por Mariño y otros, zarpa hacia Jamaica en un bergantín de comerciantes ingleses.

En Jamaica obtiene Bolívar asilo político. Mantiene relación con el gobernador, sin lograr, por ahora, involucrar a la Corona británica en sus afanes. Lo que marca realmente su estancia es la misiva a Henry Cullen, comerciante inglés residente en la isla: la Carta de Jamaica. Insiste Bolívar en un antihispanismo agudo. Los españoles son "insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza" y solo cabe matarlos o arrojarlos al mar. Su legado corrupto aleja las virtudes cívicas necesarias para un régimen de libertades, ya que "estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que solo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia", lo cual explica que "los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables […] vengan a ser nuestra ruina"; también que "las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales". El "remedio" queda fijo hasta el final de la vida de Bolívar: centralismo, representación inauténtica, poder ejecutivo prominente. Concluye Rodríguez Iturbe: "No se ve el afán claro de transformar la multitud en república […] el tránsito del súbdito al ciudadano, sino el tránsito de una manera de ser súbdito a otra; una considerada mala y otra considerada buena, porque quien ejercería el poder sería la élite que se había lanzado a la Independencia".

(Continúa en la página 6)

Bolívar: obstáculo mayor

SIMÓN BOLÍVAR (1825) — JOSÉ GIL DE CASTRO / PALACIO FEDERAL LEGISLATIVO, CARACAS

(Viene de la página 5)

Camino a Angostura: personalismo pretoriano total

"Me parece advertir en el lapso que va de Kingston a Angostura, en la trayectoria del Libertador, el paso del mantuanismo al pretorianismo como fenómeno político-social […] *Los nuevos mantuanos fueron los pretorianos, siempre y cuando estos estuvieran alineados con quien figuraba como caudillo militar, dando vida a un personalismo negativo a todas luces para la consolidación de la madurez institucional de la república* [cursivas mías]", nos indica nuestro autor. La disolución social de la cruentísima guerra y las convicciones pétreas de Bolívar, en efecto, hacen brotar al hombre a caballo y a sus tropas como la base del poder. Era lo que faltaba para completar la calamitosa receta que aún nos rige. El combate no será entre civilismo y militarismo, sino "una lucha existencial agónica entre personalismo pretoriano e institucionalidad". Y, lapidario, remacha: "no fue una solución *ad hoc* para momentos de crisis. Se quiso mantener como el elemento real de la constitución de la república".

Un último intento de restauración de la Primera República fue el Congreso de Cariaco en 1817. ¿Bolívar parte de un triunvirato, en un esquema federal y con mando militar disminuido? Cortés de Madariaga le escribe sobre "la imperiosa necesidad de restablecer el gobierno en receso con la división legítima de sus poderes; sin este simulacro viviremos siempre desfigurados, menospreciados de todo el mundo y, lo que es peor, vendremos a ser víctimas de la anarquía". Bolívar lo desprecia: "Es un loco y como tal debe tratársele". A fines de 1817, el triunvirato se evapora y un grupo de oficiales, con Urdaneta y Sucre a la cabeza, "señalando que el objetivo del Congreso era desconocer la *autoridad conferida a Bolívar en las juntas de guerra* [cursivas mías], rechazó la validez de todos los actos del Congreso de Cariaco". "Aquí no manda el que quiere, sino el que puede", remata nuestro personaje, que olvida por completo a Cortés de Madariaga, quien muere en 1826 en Río Hacha (Chile) "en el total abandono".

Tras Cariaco, Bolívar solo parece estar dispuesto a la concentración total del mando con él en la cúspide. Pero Piar le hace sombra: oficial invicto en combate y Libertador de Guayana, territorio en el que Bolívar se halla. Este logra que aquel le someta su ejército y lo purga a beneficio de oficiales fieles. Bolívar termina acusándolo de "una conjuración destructiva del sistema de igualdad, libertad e independencia", teme una "guerra racial" –los pardos, ampliamente mayoritarios, nunca fueron atendidos en el proyecto mantuano, y Piar era pardo. Le monta un juicio. Previamente, en una proclama, sostiene: "su destrucción [la de Piar] es un deber y su destructor un benhechor", con lo cual "*produjo el nefasto precedente que sería luego praxis común de todos los dictadores y hombres fuertes que pueblan la historia de Venezuela: señalar a jueces cómo deben proceder, cuál debe ser su decisión* [cursivas mías]". En el proceso, "los testigos de la acusación declararon que Piar les habló de la necesidad de un cambio en el gobierno a fin de que no residiesen todas las facultades en una sola persona". Esto habría sido suficiente para condenarlo, pero igualmente "declararon que era culpable de todas las cosas de las cuales lo había acusado Bolívar". La pared izquierda de la catedral de Angostura lo vio morir fusilado el 16 de octubre de 1817. Miranda, Cortés de Madariaga, Piar, jueces, diputados: todo debe allanarse ante el jacobino militar mantuano caraqueño.

Arranca el culto

En el Congreso de Angostura, segundo Congreso de Venezuela, se perfila claramente la futura Colombia –Venezuela, Cundinamarca y Quito–, queda de manifiesto la intervención de potencias externas –sobre todo la inglesa, a la cual Bolívar califica como "filantrópica"–, la influencia del estamento militar se hace evidente –"*de facto* y *de iure*, quedó como un estamento privilegiado"– y "apareció un apabullante y lamentable culto a Bolívar" con la adulación de civiles y militares elevándolo "a la condición de semidiós e incensándole con todo tipo de honores y halagos" y "la actitud de Bolívar, en aparente rechazo inicial de tales ensalzamientos, para aceptarlos, luego, en acto de aparente violencia de sí mismo". Cabe señalar que la consulta electoral de la que surgió el cuerpo constituyente estuvo "reducida a los campamentos militares" y fue "mucho menor, menos extensa y más dirigida desde el poder convocante que la que se realizó para la formación del Congreso de 1811".

Tras Boyacá, Bolívar regresa victorioso. El Congreso de Venezuela –"a cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada recientemente libertados por las armas de la República"– da el 17 de diciembre de 1819 la última discusión a la Ley Fundamental de la República de Colombia y el 24 de diciembre Bolívar se juramenta como su primer presidente. Todo se acelera hacia el Congreso de Cúcuta, ya grancolombiano, que dará a luz a la Constitución de la República de Colombia y se inicia el seis de mayo de 1821, facilitado por el cese de hostilidades por parte de España durante el Trienio Liberal. Los congresistas, en su mayoría neogranadinos, provienen de "elecciones realizadas en los campamentos militares y, dentro de estos, en los sitios donde había mayor presencia y control por parte de las fuerzas que buscaban la Independencia". Bolívar se hace ritualmente rogar para permanecer a la cabeza: "Juzga el Congreso que la continuación de la autoridad ejecutiva en la persona de Vuestra Excelencia es altamente interesante al bien de la patria, y, penetrado de este sentimiento, espera de Vuestra Excelencia el sacrificio de su repugnancia en obsequio del interés de Colombia, permaneciendo en el ejercicio de las funciones de Presidente del Estado". Accede, pero al regresar a Bogotá no toma posesión: la Constitución prohibía ejercer a la vez la Presidencia de la República y la conducción de los ejércitos en guerra. Opta por su elemento: el militar. Sigue en campaña hacia el sur. Y deja al vicepresidente Santander –el hueso que no logrará roer– ejerciendo la presidencia. El uno guerrea, el otro gobierna.

En su camino hacia el sur, deja Bolívar en su estela, antes de salir de la Gran Colombia, el genocidio de Pasto (1822-1823) –no entrecomilla Rodríguez Iturbe el sintagma, lo asume como descriptivo–, hechos de una abyección sin límites que, unidos al degüello de La Guaira (1814), constituyen, aun bajo los parámetros de la época, sórdidos crímenes ejecutados bajo su directa responsabilidad. Al reseñar el encuentro con San Martín, establece nuestro autor contrastes de talla entre los dos hombres: uno prefiere la guerra, el otro, una vía negociada; uno contempla un republicanismo seudomonárquico, el otro, un marco monárquico; uno es antihispánico, el otro no.

Surge un semidiós… y cae

El siguiente gran capítulo del Bolívar profundo lo apreciamos en la sección titulada "La república neomonárquica". Asentados los polvos de Ayacucho, se plantea el proceso constituyente de Bolivia. Sucre detecta que este no lleva el rumbo que sería del gusto de Bolívar y sugiere a la Asamblea Deliberante solicite a su superior un proyecto de Constitución. Y así es hecho. El proyecto, firmado por Bolívar el 25 de mayo de 1826, llega el 14 de junio a Chuquisaca. El Congreso General Constituyente se instala el 10 de julio. El 19 de noviembre, Sucre, presidente de Bolivia, promulga la Constitución. Sus líneas maestras más tarde se imponen al Perú y las ve como ideales para Colombia. El texto divide al legislativo en tres cámaras y lo torna inoperante para controlar al ejecutivo. El judicial jamás lo frena, se torna más bien "su brazo ejecutor" ante el ciudadano común. La Iglesia es sometida al Estado, sin interferencia de Roma, apenas "una rama singular (pero importante) de lo público administrativo". Así pues, para el ejecutivo "Nada de pesos y contrapesos. Nada de controles democráticos. *El presidente es un monarca republicano* [cursivas mías]. Por tanto, debe ser vitalicio". Elige, además, a su sucesor y puede remover a su vicepresidente. Rige "desde su atalaya de rey republicano lo divino y lo humano. Y tal exceso de poder, alérgico a todo control y limitación no solo resulta, visto a la distancia, algo negativo, sino abominable". Concluye nuestro autor con una cita del historiador Masur: "La creación de Bolivia y su Constitución cierran un raro capítulo de la vida de Bolívar. Estos dos acontecimientos son los dos últimos actos heroicos en su carrera de Libertador. Hasta entonces había obrado inspirado por un genuino deseo de gloria, pero en lo sucesivo *parece dominado por la ambición de elevarse al rango de un semidiós cuya existencia mítica diera vida a una nación entera* [cursivas mías]".

Viene, inexorable, el declive. Sus grandes iniciativas –Confederación Continental, Federación Andina– no cuajan. Sus diseños constitucionales –Bolivia, Perú– caen. No logra imponer –Ocaña– el marco constitucional que desea para Colombia. Su liderazgo es carcomido en beneficio de Santander. *In extremis*, termina erigiéndose dictador mediante un Decreto Orgánico, dictado el 27 de agosto de 1828, que suple la Constitución. La escasa *auctoritas* remanente se pulveriza, el *imperium* se evapora. El 27 de abril de 1830, con el Congreso Admirable aún en curso y el país desmembrándose, muy quebrantado de salud, renuncia a la presidencia. El 8 de mayo inicia un penoso viaje de siete meses, "asistido por el edecán inglés Belford Hinton Wilson, hasta llegar a Santa Marta, donde fallecería".

La república bolivariana no será

Cuando la Corona de Castilla llega a América, empieza un gigantesco y progresivo proceso de adaptación entre los pueblos muy diversos que ya se encontraban en el territorio y los recién llegados europeos. Dicho proceso, haciendo acopio de experiencias durante tres siglos, da pie a un orden mestizo que, cuando despunta el siglo XIX, ofrece paz, expansión demográfica y crecimiento económico. El todo vertebrado en torno a una Corona y una religión que dotaban al conjunto de pertenencia común y sentido. *En términos generales, había conformidad con ese orden. Además, las inmensas mayorías sencillamente no conocían otro.* Ahora bien, un grupo ínfimo de la sociedad, con acceso a noticias e ideas, decide que es posible crear un orden completamente nuevo y superior echando por la borda el anterior. Se da principio aquí a un verdadero desquiciamiento antropológico –una "revolución cultural" *avant la lettre*– que propicia el andamiaje social precario que, claramente, hasta el día de hoy, nos impide andar erguidos.

Lo que más impresiona en la vida de Bolívar son su arrogancia e ímpetu: no vacila en destruir un orden de siglos, considerando que *él* puede diseñar e imponer otro nuevo, claramente superior. Es el despliegue pleno del *ethos* revolucionario total: un líder –llámese Mao, Lenin, Fidel o Chávez–, con ideología rupturista y una vanguardia iluminada, está dispuesto a arrasar a cualquier costo para imponer un nuevo orden –supuestamente muy superior– poniéndose a la cabeza del poder. La evolución es suplantada por la destrucción; el conocimiento concreto del terreno, por diseños ideológicos abstractos; el acomodo, la adaptación y la negociación en períodos largos, por la rápida imposición armada. El balance revolucionario suele ser trágico y monstruoso: el no partir de la realidad de las cosas y la conquista y mantenimiento del poder por la violencia llevan a una tenaz resistencia –militar, política y/o antropológico-cultural– que se salda en ruina generalizada.

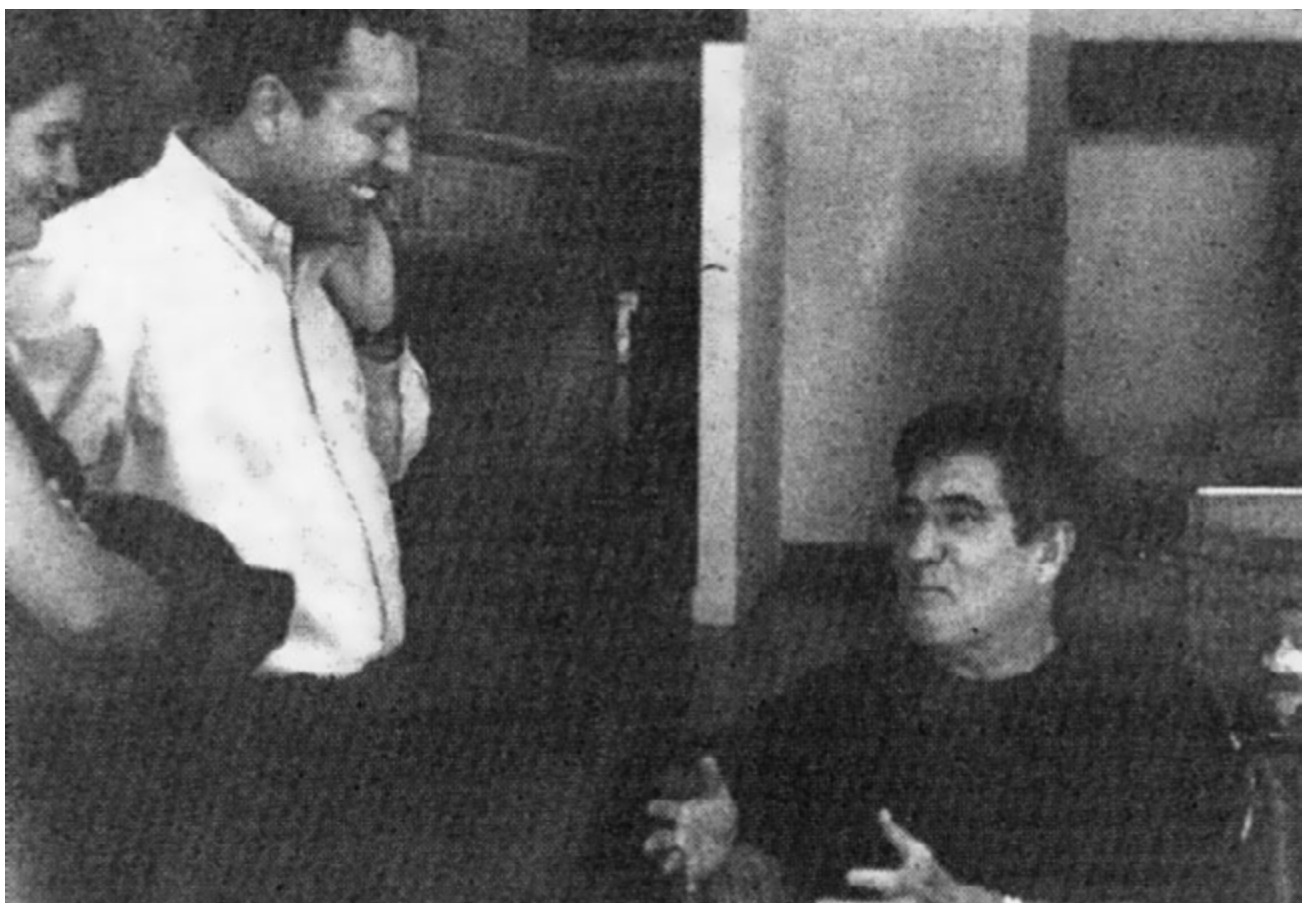
Dos errores fundamentales –apunta certeramente Rodríguez Iturbe– aíslan a Bolívar de la realidad: el antihispanismo y el miedo a los "pardos". Al ser lo hispánico –el factor principal de nuestra herencia como pueblo– extirpado como "lastre antropológico", decide Bolívar no construir a partir de la realidad, sino crear –desde su ilustración y por la fuerza– una nueva, interviniendo a fondo y con violencia la existente. Por otra parte, al no hallar lugar en su diseño los pardos, ampliamente mayoritarios, se entiende la inadecuación de todo su edificio, tanto para la guerra como para etapas posteriores. En 1829, casi al final del camino, hace alusión Bolívar a un caos "insondable y que no tiene pie ni cabeza, ni forma ni materia". Agrega: "esto es nada, nada, nada". Y apunta el mismo año, clarividente: "mil revoluciones harán necesarias mil usurpaciones". Concluye Rodríguez Iturbe: "Se pretendió construir la república no solo ignorando lo que éramos, sino negando lo que éramos. *Natura non facit saltus* [la naturaleza no procede por saltos]". Remata: "lo que se muestra *contra natura* resulta algo mostrenco, no saludable, que lleva en sí el germen de su propia destrucción".

La república debe dejar de ser bolivariana o no será: mientras se tome a Bolívar como modelo que impregna eternamente cada área de nuestras vidas viviremos en una mera sucesión de sobresaltos. Ello por una sencilla razón: el modelo no opera sobre la realidad y, al intervenir en ella, fatalmente, yerra una y otra vez. *La república venezolana del siglo XXI ha de partir del reconocimiento del factor hispánico-mestizo como principal e ineludible.* Ese factor que Bolívar escamoteó a fin de crear el enemigo infame que necesitaba para movilizar la guerra y reservar el país a exiguas minorías, por él presididas, asegurando la pasividad y sumisión de una mayoría infantilizada y dependiente del hombre fuerte a caballo. Cuando integremos el factor hispánico-mestizo, empezará a disolverse el lastre de la amputación y la exclusión. Avanzaremos –al fin– con brújula fiable hacia un rumbo que nos acerque a nuestro ser real y pleno, único punto de apoyo firme para la construcción de una robusta esperanza.

MEMORIA >> MIKEL DE VIANA (1953-2022)

¡Se nos fue Mikel de Viana!

Mikel de Viana nació en 1953, ingresó en la Compañía de Jesús en 1975, se ordenó en 1983 e hizo sus últimos votos en 1998. Estudió Sociología e hizo una maestría en Filosofía en la Universidad Simón Bolívar. Fue un incomparable profesor universitario, vasco-venezolano que amaba a Venezuela con su enorme generosidad. En agosto murió en el exilio



MIKEL DE VIANA / ARCHIVO

CORINA YORIS-VILLASANA

In memoriam Mikel de Viana, S. J.

Le hemos dicho adiós a Mikel de Viana. Despedir a un amigo no es nada fácil. Ese amigo de toda la vida, ese ser que siempre me acompañó en las buenas y en las malas, a miles de kilómetros de distancia, pero jamás ausente.

De Mikel se destaca con frecuencia su mente brillante, su carisma, incluso sus desplantes. Sin embargo, hay facetas que me gustaría resaltar. Leí en las redes un tuit de alguien que escribió "Paseaba por la UCAB con un perrito. Si una persona tiene un compañero así es porque ellos detectan la bondad y la bonhomía. Condiciones 100% compatibles con la personalidad de Mikel". A ese comentario, yo respondí y quise precisar que ese perro, no perrito, era un chow chow negro, llamado Urko, que Mikel y yo lo llevábamos a la Escuela de Filosofía de la UCAB y se quedaba en la puerta custodiando la entrada, ante el beneplácito de algunos y protestas de otros. Le comprábamos helados en Crema Paraíso y era un terremoto en la residencia de los padres, hasta que un día, "alguien", cansado de los "saqueos" que Urko hacía en la cocina, sin consultarle a Mikel, lo regaló. Recuerdo los improperios dichos por Mikel y su molestia que no se calmaba con nada y que le duró mucho tiempo.

Conocí el Santuario y la Basílica de Loyola en 1991 junto con Mikel. Se celebraban los 500 años del nacimiento de san Ignacio y como era de esperar, allá fuimos a parar. Son momentos maravillosos, irrepetibles. En ese periplo fuimos a Navarra, nos detuvimos en el Monasterio de Leyre y nos hospedaron una noche; recuerdo que en la madrugada Mikel nos despertó a Conchita, su hermana, y a mí para que fuésemos a oír los maitines. "¡Ustedes no pueden quedarse durmiendo, si hay la oportunidad de oír en vivo los cantos gregorianos!". Ni cortas, ni perezosas, acudimos a su llamado. Una experiencia inenarrable.

San Salvador de Leyre se considera como uno de monasterios hispánicos donde se cantó desde un inicio el gregoriano. Se cuenta que esa textura musical, rasgo distintivo de la música medieval, como es el caso del canto gregoriano, se pudieron oír en Leyre desde el siglo XI hasta la eliminación del monasterio durante el siglo XIX por "las leyes desamortizadoras". Una vez restaurada la vida monástica en Leyre en 1954, los monjes de este monasterio –integrantes de la Congregación benedictina de Solesmes– celebran la liturgia conservando el canto gregoriano, por cierto, declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad. Pudimos disfrutar de este regalo, en su ámbito legítimo: la ceremonia monacal se celebra en la iglesia de San Salvador (ss. XI-XII), prerrománica, restaurada en estilo románico. ¡Cómo perderse aquella *mise-en-scène* de los maitines absolutamente inefable!

Seguimos el viaje y visitamos, en plena costa vasca, a San Juan de Gaztelugatxe, que está unido a la costa a través de un puente de piedra y una escalinata de 241 peldaños. Al final de las escaleras, en lo alto, hay una hermosa ermita y, sobre todo, se pueden apreciar unas espectaculares vistas al Cantábrico que ha tallado en la isla, acantilados, túneles y arcos inverosímiles. ¡Si usted, amigo lector, va por esas latitudes, no se pierda esta maravilla de la naturaleza! Cuando yo logré subir, a pesar de un calzado nada apropiado para tal aventura, ¡Mikel lanzó las campanas de la ermita al aire para celebrar que lo había logrado!

Muchos de los que conocieron esos años de Mikel en la UCAB, también recordarán la procesión de las antorchas organizadas por él. Al lado de estas experiencias, también están las visitas a las que lo acompañé a enfermos terminales. Era muy cercano al sufrimiento de estas personas a quienes les daba un fuerte apoyo moral.

Asimismo, acuden a mi mente momentos vinculados con el proceso político. Fueron períodos muy difíciles y ¡un fatídico día nos arrancaron a Mikel y salió al exilio! Ese dolor desgarrador no solo lo acompañó siempre, sino que le quitó la vida. Nos destrozó el alma a sus seres más cercanos.

Hace pocas semanas atrás, estábamos comentando un artículo mío que mandé a una revista española y que se titula "Matteo Ricci S. J.: un símbolo de armonía y amistad entre Oriente y Occidente", que, a su vez, es la ponencia que envío al Congreso de COMIUCAP en Manila de este año 2022. Mikel estaba entusiasmado con el artículo e intercambiamos varias ideas al respecto. De pronto, no me volvió a contactar y pensé que estaba muy ocupado con un curso que estaba programando sobre Lutero y Erasmo de Rotterdam. Pero, no era el curso. Había sido hospitalizado y en la noche del 4 de agosto, madrugada del 5 en Deusto, Mikel partía a encontrarse con Nuestro Señor.

Haciendo memoria no solo de estas anécdotas, sino otras y que sería muy largo reseñar aquí, comprendí por qué hay que dar gracias por la vida de Mikel. No siempre tenemos la Gracia Divina de contar con una amistad de este calibre. Más que amistad, fue hermandad. Mikel, dejaste un vacío inmenso.

Homilía, 13 de agosto de 2022

"Para Mikel la dimensión internacional de la Compañía de Jesús no fue mera fórmula sino una vivencia muy profunda que exigió lo mejor de sí. Ser jesuita fue para Mikel cargar la cruz de Jesús y combinar la fe y la razón"

LUIS UGALDE, S.J.

Saludo y agradecimiento al cardenal Porras y a los participantes.

Mikel y yo nos conocimos y apreciamos antes de que él fuera jesuita: Él, como muy brillante estudiante de Sociología en la UCAB y yo su profesor de Teorías Políticas Contemporáneas y Cambio Social en Venezuela.

Terminada la carrera entró a la orden jesuita a los 22 años. Una decisión trascendental de ser compañero de Jesús en una orden religiosa internacional, empeñada en llevar la luz de la esperanza de Cristo a un mundo minado por la oscuridad y el agnosticismo. La Iglesia en América Latina (y los jesuitas) se sentía llamada por Dios a defender una fe encarnada en la realidad y a contribuir a la transformación de la miseria social de las mayorías en justicia y vida digna para todos. Para ello Mikel estaba especialmente equipado con sus estudios de sociología, luego complementados con la maestría en Filosofía en la Universidad Simón Bolívar, con brillantes e inspiradores profesores como Luis Castro Leyva y Rafael Tomás Caldera. Sus estudios de Teología en Caracas y Roma, y la ordenación sacerdotal completarían su preparación para las difíciles batallas.

Para Mikel la dimensión internacional de la Compañía de Jesús no fue mera fórmula sino una vivencia muy profunda que exigió lo mejor de sí. Ser jesuita fue para Mikel cargar la cruz de Jesús y combinar la fe y la razón en diversas materias de ética y de "introducción al estudio del hombre", básica para la identidad ucabista, en los retiros ignacianos para profesionales, en el acompañamiento de formación teológica a grupos de profesionales, investigación social, etc. Todo ello exigía del jesuita luchar por una sociedad libre y justa en la Venezuela, que entraba al siglo XXI marcada de promesas deslumbrantes, pero preñadas de opresión y miseria dictatorial. Mikel no era de los que se callaban, ni calculaban las consecuencias de sus denuncias directas en programas de televisión, radio, clases y conferencias.

Permítanme que haga público aquí lo que hasta ahora ha sido confidencial. Hacia el año 2004, a nuestro superior provincial le llegó desde las más altas esferas civiles y militares del poder la información de que tres jesuitas estaban bajo amenaza grave del gobierno: Mikel de Viana, Luis Ugalde y un joven estudiante. La alarma era seria e inmediatamente el provincial dialogó con cada uno de ellos y consultó con sus consejeros lo que convenía hacer a la luz de los principios y de la experiencia. La Compañía de Jesús en América Latina, desde comienzos de la década de los setenta vivía la cruz de la persecución, el exilio y asesinatos de algunos de sus miembros, especialmente comprometidos en las fronteras de la fe y la justicia. Teníamos más de 12 asesinados y varias decenas de exiliados en Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Colombia. En esos años Venezuela era un oasis democrático en el desierto dictatorial, aunque en 1989, a raíz del Caracazo, a los cinco sacerdotes de nuestra comunidad de Los Canjilones de La Vega, a media noche, un comando antiguerrillero de la Guardia Nacional nos llevó presos con graves acusaciones políticas, cuya falsedad pronto quedó en evidencia y en ridículo. Fuera de eso, en Venezuela fuimos recibiendo a jesuitas perseguidos. Personalmente en los comienzos de los 80, como provincial me tocó recibir a los padres Mikel Munárriz y Eduardo Pérez Iribarne, amenazados y expulsados por los dictadores de Paraguay y Bolivia. Ellos, luego de años de gran labor pastoral entre nosotros, pudieron regresar a sus países ya libres de dictadura. También en emergencia recibimos de Colombia a Pacho Aldana, amenazado de muerte por la violencia de guerrilleros y paramilitares. Todas estas persecuciones fueron precedidas, en la década de los sesenta con la expulsión de la mayoría de los jesuitas de Cuba, cuando Castro se declaró dictador comunista; muchos de ellos fueron acogidos en Venezuela. Estas situaciones de persecución por vivir el compromiso de fe y justicia nos enseñaron que el objetivo no era hacer mártires, sino salvar apóstoles, combinando la inteligencia y compromiso cristiano, más allá de todo inmediatismo.

Momento delicado de discernimiento ignaciano; una vez escuchado a cada uno de los tres y a los consejeros, el provincial decidió que el joven estudiante prosiguiera sus estudios en Chile, que Luis Ugalde continuara en el país con su responsabilidad de rector de la UCAB, y que Mikel de Viana fuera a Bilbao a la Universidad jesuita de Deusto. Prevaleció esta opción frente a otras por la identidad venezolano-vasca de Mikel, sus excepcionales cualidades universitarias, su asombroso avance en el uso del euskera y la afectiva identificación con sus raíces. Meses antes el provincial de los jesuitas vascos había expresado al provincial de Venezuela el deseo de que le ayudara con el envío de Mikel. Ahora bajo amenaza, el traslado a la Universidad de Deusto pareció lo más sensato. Pero el exilio hiere el alma y se vuelve más doloroso cuando la dictadura se prolonga indefinidamente.

Mikel recibía y atendía maravillosamente a los amigos venezolanos que pasaban por allí, pero al mismo tiempo se despertaba su nostalgia de venezolano y el dolor del desterrado. En el País Vasco, Mikel fue luz y voz siempre venezolana, aunque se expresara en euskera. Nuestra tragedia nacional impuesta y dirigida por el despotismo reinante nos ha hecho a los venezolanos más internacionales por encima de fronteras y distancias. Mikel echó su suerte con los seis millones de compatriotas que cargan con la cruz del destierro. Su salud, que venía siendo minada por una diabetes fuerte, se agravó en los últimos meses. Mikel y yo nos mantuvimos en comunicación fraterna y lo visité todas las veces que tuve ocasión, por alguna reunión en Europa. En febrero de este año fui a visitarlo y en la recepción de la comunidad recibí la dolorosa noticia de que no podría verlo, pues acababa de ser hospitalizado de emergencia.

Para esta acción de gracias escogí el Evangelio (Juan 3,1-13) donde Nicodemo, sabio y honesto judío, de noche y a escondidas busca a Jesús y le pregunta qué hacer. Jesús le responde: hay que nacer de nuevo, en espíritu y en verdad.

Mikel tuvo que nacer de nuevo; Venezuela y cada uno de nosotros tenemos que nacer de nuevo porque la dictadura y sus consecuencias son de muerte. Pero nacer del Espíritu de verdad, aunque al c omienzo no sabemos de dónde viene ni a dónde va. Ahora más que nunca pedimos a Mikel que nos oriente.

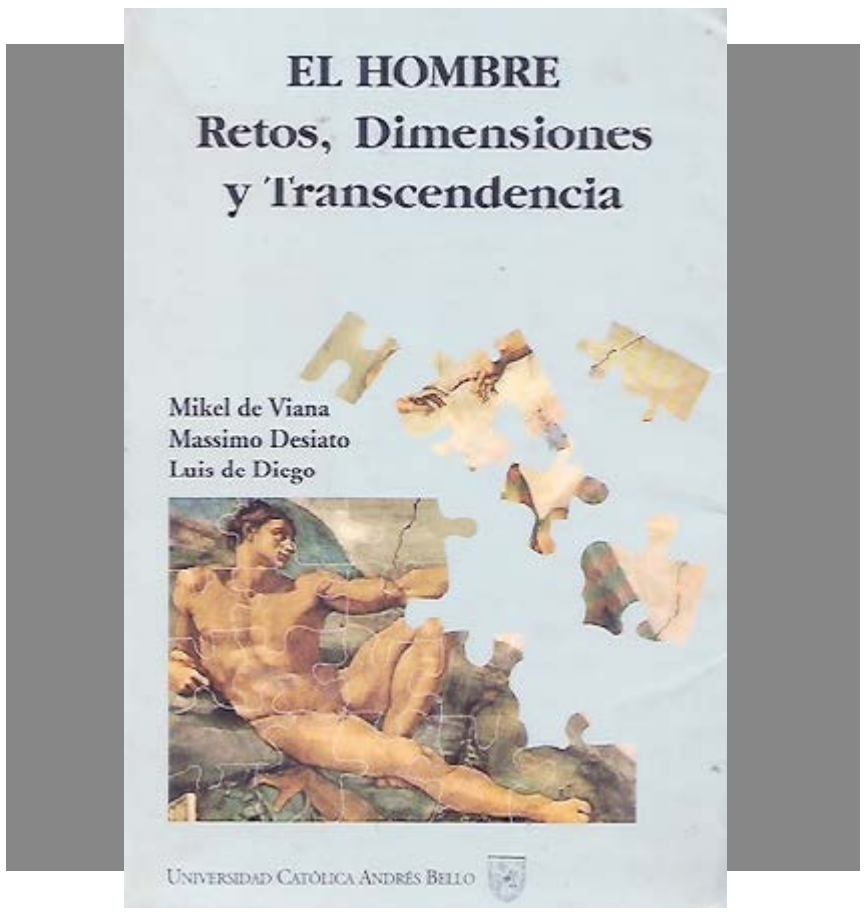
No quiero terminar sin recordar una especial alegría de Jesús. Una vez Él envió a 72 discípulos, de dos en dos, a los pueblos a anunciar y hacer algunos signos del reino de Dios; volvieron muy contentos contando los éxitos que habían tenido. Jesús compartió su alegría, los felicitó y se emocionó con ellos, como nosotros nos emocionamos hoy al recordar y agradecer los dones de Mikel y todo el bien que hizo. Pero Jesús añade algo muy importante: no se alegren tanto por las maravillas que han hecho, sino mucho más porque su nombre está escrito en el reino de los cielos, en el corazón del Padre, que es Amor. Mikel creyó y con esa fe iluminó y acompañó a tantos, pero hoy lo vive en el abrazo del Padre que le dice: *Etorri Mikel Maitea* (Ven querido Mikel). Que Mikel nos consuele y fortalezca nuestra esperanza y compromiso en la liberación de Venezuela.

MEMORIA >> MIKEL DE VIANA (1953-2022)

Mikel de Viana S.J.
genio y figura después de la sepultura

"A través de sus conferencias, escritos y labor social, siguiendo una visión jesuítica que encuadra con la perspectiva ignaciana del contemplativo en la acción y la búsqueda de una práctica que dé cuenta de la labor intelectual, Mikel de Viana, tiene puesto el foco en el desarrollo social de los grupos y clases marginadas, sin los reduccionismos ideológicos de moda, ni las teologías inficionadas de marxismo reciclado"

MIKEL DE VIANA / JOSÉ MARÍA DE VIANA



JESÚS MARÍA AGUIRRE

He tergiversado el dicho popular "genio y figura hasta la sepultura" para perfilar una personalidad fuerte, de clara identidad y trayectoria persistente, ya que me sirve para ofrecer una semblanza intelectual del padre Mikel de Viana, S.J., jesuita a la vez singular y controvertido tras su muerte. No pretendo dar cuenta de su significación política en el contexto venezolano, pues no soy ni politólogo, ni historiador, y cualquier análisis desde esas dimensiones requiere más tiempo, distanciamiento y maduración para superar la bipolaridad que hoy nos marca.

Pero sí quiero levantar con el mayor equilibrio posible sus aportes intelectuales a nuestra sociedad, para que su trayectoria no se diluya en el cacareo maniqueo de nuestros medios y redes sociales. Como en toda trayectoria biográfica hay hitos que marcan los desplazamientos intelectuales y compromisos vitales. A diferencia de su evolución espiritual, resumida acertadamente en la homilía de Peio Azpitarte en Indautxu, como luchador (*gudari*) de la verdad, de la justicia y de la fe, me voy a focalizar en sus aportes intelectuales, basándome en sus escritos más bien dispersos en varias revistas y publicaciones, mientras se consolida un repertorio bio-bibliográfico en el Centro Gumilla, al que él perteneció por un periodo significativo de su vida.

El sociólogo que tocó fondo

Como sociólogo de formación sólida en una Escuela de Ciencias Sociales de la UCAB, en que se concentró una masa crítica de extraordinarios profesores, formados en Europa y Estados Unidos, como el P. Rafael Baquedano, Dr. Alberto Grusson, Dra. Clemy Machado de Mendoza, P. Luis Ugalde, Mgr. Antonio Cova, Mercedes Pulido, destacó entre los mejores alumnos y se proyectaba como profesor.

Esta veta intelectual renovadora, que no estaba anclada en los manuales marxistas y en sus epígonos o intérpretes, que recientemente ha inventariado Anderson Ayala en el libro: *Universidad de izquierda*, refiriéndose a la Universidad Central de Venezuela, enriqueció el panorama del pensamiento sociológico y Mikel perteneció a esa generación de destacados investigadores, que han nutrido los institutos de investigaciones de nuestras universidades o han tenido que emigrar fuera del país (Juan Carlos Navarro, Emilio Pacheco, Matilde Parra, Luis Pedro España, María Gabriela Ponce, etc.).

Una vez que entró en la Compañía de Jesús, si bien tuvo que realizar los estudios filosóficos y teológicos requeridos por su formación sacerdotal, mantuvo sus hondas inquietudes tanto intelectuales como sociales, conjugando los trabajos académicos con las actividades socio-pastorales, que siempre le facilitaban el contacto con los sectores populares.

Su paso por el postgrado de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar y su intercambio con los mejores cientistas sociales del momento en foros y revistas especializadas, le otorgó una visión interdisciplinaria para abordar problemas de profundo calado epistemológico, como puede verse en el artículo "Valores y sociología", publicado en la *Revista de Economía y Ciencias Sociale*s de la UCV:

"Este ensayo reabre la discusión sobre la relación entre sociología y ética. Sugiere que el problema fue considerado medular en la literatura clásica pero que, posteriormente, surgieron varias estrategias desdeñadas a subestimar, desvirtuar o incluso negar su importancia. El autor analiza la postura 'científica' de los positivistas, las pretensiones de 'objetividad' de los marxistas y las ambigüedades del relativismo cultural. Argumenta que ninguno de ellos convence y que la actividad sociológica es no solamente impregnada de 'valores' sino que tiene una dimensión intrínsecamente ética. La conclusión es que la actividad del sociólogo se puede justificar solamente en la medida en que aporta a la búsqueda de un mejoramiento del bienestar humano neto y que esto implica una preocupación particular por los grupos sociales menos favorecidos".

A través de sus conferencias, escritos y labor social, siguiendo una visión jesuítica que encuadra con la perspectiva ignaciana del contemplativo en la acción y la búsqueda de una práctica que dé cuenta de la labor intelectual, Mikel de Viana, tiene puesto el foco en el desarrollo social de los grupos y clases marginadas, sin los reduccionismos ideológicos de moda, ni las teologías inficionadas de marxismo reciclado.

Por ello no es de extrañar que, una vez terminada su formación académica jesuítica y ordenado sacerdote, después de complementar sus estudios en Roma sobre temas de ética y moral, se integrara al equipo de investigadores de la UCAB, que acometió el trabajo más profundo que se haya hecho en Venezuela sobre la pobreza, bajo el título "Proyecto Pobreza", a la vez que impartía clases en la UCAB y en el Instituto de Teología para los Religiosos y participaba en cursos y equipos de trabajo en IDEA, IESA, Fundación Orinoquia, Club de Roma.

Ante el cambio de las circunstancias políticas, a partir de la entrada del nuevo régimen chavista, Mikel, con una visión premonitoria, decidió entrar en la palestra sociopolítica, sobre todo desde los medios de comunicación, todavía con margen de maniobra, con una posición abiertamente crítica sobre los derroteros autoritarios del poder instalado. Diversas presiones, ocultas y abiertas, hicieron que se fuera del país, destinado a la Universidad de Deusto, hasta su muerte.

> "mantuvo sus hondas inquietudes tanto intelectuales como sociales"

El diagnosticador de la vida religiosa

A la vez que la Vida Religiosa se desplegaba y consolidaba en la década los 90 con un incremento notable de vocaciones nativas, el Secretariado Conjunto de Religiosos (SECORVE) consideró necesario llevar a cabo un estudio que determinara, más científicamente que un anuario católico convencional al estilo de un "*who´s who*" de CISOR o de la misma CEV, las características de esa población y su quehacer a través de obras religiosas, pastorales, educativas y sociales.

La inminencia de la primera visita de un papa a Venezuela, para enero de 1985, fue uno de los motivadores que impulsó este estudio sociográfico, primero de esas característica en el campo religioso de la Iglesia venezolana para analizar su panorama de acción. Eran evidente las dificultades del proyecto por la falta o retardo de las respuestas, inconsistencias en las mismas, etc., y las consabidas contramarchas y desánimo, pero el proyecto, aun con ciertas limitaciones fue todo un logro.

Reconociendo el trabajo de todos los cooperadores de este estudio, en su mayoría colegas o alumnos de Mikel de Viana, merece la pena consignar una nota de agradecimiento en la introducción que dice: "Así mismo a Mikel Viana, S.J. sin el cual este trabajo hubiera carecido del empuje necesario". Entre líneas y dando por sobreentendido su carácter se ve la figura de Mikel arengando sus huestes, con perdón de los investigadores.

El estudio fue publicado con el título "Los religiosos en Venezuela: levantamiento sociográfico" (SECORVE, 1985), y tiene como base, como consta en sus notas, un trabajo previo sobre los religiosos en Venezuela realizado por el mismo Mikel ya en 1981.

Pero, como hemos dicho anteriormente, Mikel proyecta diagnósticos para inspirar la reflexión haciéndose cargo de la realidad y sobre todo promover la acción concertada en diversos frentes.

Lo encontraremos con otros colegas desarrollando textos de formación básica de humanismo y antropología para universitarios, entre los que destaca *El hombre. Reto, dimensiones y transcendencia*, en la Universidad Católica Andrés Bello (1993), dirigiendo ejercicios espirituales ignacianos, y animando grupos cristianos.

Entre sus escritos y charlas de teología, pastoral espiritualidad, quiero destacar su última conferencia, la "Lectio Brevis inaugural del Año Académico 2004-2005", con motivo del 25° aniversario del ITER sobre la vida religiosa en Venezuela, ya que expone con hondura no solamente los logros alcanzados, sino los retos y fisuras que se avecinan de cara a un futuro próximo por la disminución de recursos humanos calificados con maestría espiritual para el acompañamiento y formación de las nuevas cohortes.

Entretanto, Mikel seguía con sus actividades cotidianas y su compromiso, aunque todavía no estaba pensando en embalar la maleta y enrumbarse al aeropuerto ligero de equipaje para sobrevolar el Atlántico, y proseguir su vocación al servicio de la Iglesia en la Compañía de Jesús.

Hoy sus restos reposan en el cementerio de los jesuitas en Loyola, a la sombra de la casa natal y lugar de conversión del fundador de la Compañía, a quien siguió bajo la bandera de la cruz. No es costumbre poner textos en las lápidas de ese campo santo de hermanos muertos en el Señor, pero si tuviera que escoger alguno, pondría, remedando a un compatriota suyo también desterrado, Unamuno, "Me duele Venezuela". EN

Anexo curricular

El P. Mikel de Viana nació en Caracas en 1953. Sacerdote jesuita, sociólogo, profesor e investigador. Se especializó en Sociología, licenciándose en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) en los años 1969-75, y también en Ética con un magister en Filosofía por la Universidad Simón de Bolívar de Caracas (1978-80). Tras sus estudios en el ITER obtuvo la licenciatura en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1984-86) y los cursos en Teología Moral en la misma universidad (1986-89) con la tesis pendiente.

Ha sido profesor e investigador en el área de Sociología de la Escuela de Ciencias Sociales de la UCAB (1978-2004); profesor de Teología Moral Fundamental y Moral Social en el Instituto de Teología para Religiosos (ITER) por los años 1990-2004, y en el postgrado de Teología de la UCAB. Autor de numerosos artículos en revistas especializadas en teología, ética y sociología. Coordinador del módulo de Aspectos Culturales del "Proyecto Pobreza" de la UCAB. Profesor invitado del IESA y de la Universidad Metropolitana. Destinado en 2004 a la Universidad de Deusto en el País Vasco, murió en 4 de agosto de 2022.

MEMORIA >> EL JESUITA, EL HERMANO Y TÍO, EL EXILIADO

En memoria de Mikel

En ocasión de la celebración de acción de gracias. Universidad Católica Andrés Bello, 13 de agosto de 2022

MIKEL DE VIANA Y JOSÉ MARÍA DE VIANA / JOSÉ MARÍA DE VIANA

JOSÉ MARÍA DE VIANA

Cuando Mikel cumplió 60 años, celebramos los dos en secreto, que éramos sobrevivientes; mi padre y sus hermanos habían muerto antes de cumplir esa edad.

Cada año nuevo era una victoria sobre la muerte. Mikel fue un enamorado de la vida, cada día luchaba por su salud para ver realizar su mayor sueño: regresar a casa.

Quiero hacer memoria de tres rasgos de la vida de Mikel.

Mikel el Jesuita

Somos de La Salle. La escuela de San Juan y el colegio de Tienda Honda nos formó en nuestra fe y en el apostolado seglar.

Mikel encontró su vocación en la UCAB, en estas aulas, pasillos y jardines como sacerdote, pero también como profesor e investigador.

Cuando Mikel ingresó en la Compañía de Jesús, su maestro de novicios fue Ignacio Huarte S.J., fundamental en la vocación ignaciana de Mikel.

Preguntó Huarte: confiésame tres cosas que no te agradan, Mikel.

1. Vivir con personas mayores.
2. Atender a enfermos.
3. Consolar la agonía de los moribundos y la muerte.

Durante sus años de jesuita sus destinos incluyeron siempre la vida en comunidades de jesuitas mayores, la atención de enfermos en las casas de la compañía y el auxilio a moribundos de enfermedades terminales o por edad avanzada. Mikel fue un hombre religioso que encontró la felicidad en el ministerio de esas acciones que lo desagradaban antes de ser jesuita.

Mikel el hermano y el tío

Fue un privilegio tener a Mikel como hermano. Mikel y yo nos queremos muchísimo. Ambos éramos muy presumidos de lo que hacía el otro. Luego de la temprana muerte de papá, Mikel fue nuestro jefe de familia, responsable de cuidarnos y orientarnos. Pero encontró la mayor felicidad en ver nacer y crecer a sus sobrinos, a los cuales adoptó con especial devoción: en su cuarto guardaba foto de todos ellos y disfrutaba las pocas ocasiones que la distancia le permitió compartir en familia. Presumía de mis dos nietos, nacidos en São Paulo como propios, y reía diciendo "*falam português perfeitamente*".

Mikel se sentía responsable del proyecto de Santos y Milagros, que sus hijos y nietos agradecieran, con creces, a este generoso país por las tantas bendiciones recibidas.

Mikel el exilado

Mikel fue un exilado. Tuvo que irse de Venezuela, que es el país que quiso, por razones políticas. Y eso es una herida que entristece a toda nuestra familia, el dolor de sufrir la separación de un ser tan querido que no puede regresar a su casa. Mikel decía que en Venezuela la familia adoptiva producía lazos más profundos y duraderos que la familia consanguínea. La mayor parte de los amores de Mikel lo esperaban en Venezuela.

Las enfermedades que ambos sufrimos nos hicieron saber que la muerte nos podía visitar en cualquier momento. Al final la tristeza del exilio pudo más que sus ganas de regresar a casa. Mikel murió solo en una cama de hospital. Temía la soledad: en compañía podía visitar los infiernos para retar a los demonios, pero solo no se atrevía a enfrentar el dolor, las tristezas y mucho menos la muerte. No pudimos honrar la promesa que nos hicimos de acompañarnos a la hora de la muerte.

Una oración, porque la tragedia del destierro venezolano termine pronto.

Mikel de Viana, amigo y visionario

"Llegado nuevamente a España hice muchos intentos por hablar y ver nuevamente a Mikel. Ahora entiendo que mi intuición era correcta, y que quien siempre se preocupó porque los demás no nos preocupáramos, había tomado la decisión con su Dios y su fe de partir discretamente"

VLADIMIRO MUJICA

Me toma de sorpresa, muy temprano en la mañana del viernes en San Sebastián, la nota en WhatsApp preguntándome si sabía algo de la noticia que estaba comenzando a circular acerca de la muerte de Mikel de Viana, sacerdote jesuita y muy querido amigo. Escribo de inmediato a su hermano José María de Viana, quien me confirma la infausta, y quizás, visto en retrospectiva, anticipada nueva. Vi a Mikel en Bilbao por última vez hace unos meses, en mayo, en la residencia de la Universidad de Deusto, donde había sido profesor durante los últimos años, y me quedé con la sensación de que aquella jornada extraordinaria, con almuerzo en la enfermería, rodeado de sacerdotes, investigadores y docentes retirados, era, en un modo indefinible, pero espiritualmente palpable, una despedida. Mikel había perdido peso y estaba adolorido por una caída que le impedía caminar.

Pero las dolencias físicas no debilitaron su espíritu e intelecto, que permanecían indoblegables y activos como siempre. Ellos me llevaron de la mano por una travesía inesperada sobre lo que Mikel llamó la "visión comunitaria" de Jesús. Una que divergía del origen ambiguo que le atribuye la Biblia, más allá de su condición de Hijo De Dios, y que contrasta con el contenido de los pergaminos del Mar Muerto, unos textos descubiertos el siglo pasado en Qunram y que aparentemente arrojaron una luz inesperada sobre los esenios, la comunidad tribal judía a la que, según los mismos, estaba vinculado Jesús. De hecho, el estudio de esos pergaminos se había convertido en una actividad muy intensa para Mikel. El resto de nuestra jornada de discusión y entrañable afecto, discurrió en conversaciones sobre Venezuela, tema imposible de evitar, y sobre un proyecto común que acariciamos en varias oportunidades, pero que quedará para el futuro incierto de la cooperación en espíritu, de escribir un estudio iconoclasta sobre la Guerra Federal, un capítulo fascinante, profundamente influyente en lo que somos como país, y relativamente poco analizado de nuestra historia.

Llegado nuevamente a España hice muchos intentos por hablar y ver nuevamente a Mikel. Ahora entiendo que mi intuición era correcta, y que quien siempre se preocupó porque los demás no nos preocupáramos, había tomado la decisión con su Dios y su fe de partir discretamente. Me acerco a la carroza fúnebre que transportó su cuerpo desde Bilbao a un nicho en un columbario del cementerio, a un costado de la monumental Capilla de San Ignacio de Loyola, en un lugar mágico del País Vasco, y trato de tomarle la mano a distancia, en la despedida física que ya no puede ser. Momentos de pasar del dolor de su muerte a la celebración de su vida. Un tránsito siempre cargado simultáneamente de dolor y esperanza.

Salidos del sepelio, marchamos a la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús en Bilbao, Jesuitak Indautxu. Allí el Padre Pello Azpirarte S. J. y compañero de Mikel en Deusto, condujo un oficio maravilloso y profundo, donde describió lo que él llamó las cuatro etapas de la vida de Mikel, agrupadas en las luchas por la verdad, la justicia y la libertad, en su existencia venezolana, y el retorno a la fe en su exilio forzado en el País Vasco. Supongo que mi amistad con el Padre Mikel de Viana S. J., brillante pensador, sociólogo, teólogo y profesor de la UCAB, una amistad que llegó de la mano de dos amigos comunes, Luis Castro Leiva y Teodoro Petkoff, y que se extendería hasta su muerte, comenzó en su tránsito entre las luchas por la justicia y la libertad, cuando participaba en los eventos de la sociedad civil en Venezuela, que se oponía con decisión al decreto 1011 del gobierno de Hugo Chávez, que pretendía la ideologización y el adoctrinamiento de nuestros niños y adolescentes, y en las acciones masivas contra lo que se perfilaba como un régimen que destruía las instituciones, e imponía implacablemente un estilo de populismo autoritario.

No creo traicionar ninguna confidencia si señalo el hecho público y notorio de que la comunidad jesuita en Venezuela, probablemente como la propia sociedad venezolana, estaba profundamente dividida entre quienes pensaban que Chávez era un reformador sincero, que podía significar un avance importante contra lo que se percibía como un sistema que generaba pobreza y exclusión, y quienes avizoraron con claridad los peligros del autoritarismo militarista. Creo que, en justicia, puedo afirmar que Mikel derivó prontamente hacia la posición crítica al chavismo, algo que, en definitiva, lo convirtió en un individuo peligroso para el gobierno, y muy conflictivo para sectores de su propia comunidad religiosa, especialmente por su presencia frontal en los medios de comunicación denunciando la naturaleza autoritaria del régimen chavista. Este juego de circunstancias condujo eventualmente a su exilio en el País Vasco, la tierra de sus antepasados familiares, a su incorporación a la Universidad de Deusto y a un prolongado y esencialmente autoimpuesto silencio sobre Venezuela que duró por más de una década.

Cuando le pedí a Mikel que escribiera el epílogo de nuestro libro *La rayuela de Pablo. Un laberinto de reflexiones sobre Venezuela*, inicialmente dudó, arguyendo que él había decidido no opinar más sobre Venezuela, dadas sus circunstancias de salida del país, un hecho con el que él obviamente no podía reconciliarse. Mi insistencia condujo a que escribiera un epílogo de una gran densidad y profundidad, que todavía resuena en mi cabeza por su vigor conceptual y analítico sobre la tragedia de nuestro país. Tomo un solo párrafo del mismo: "El lector de *La rayuela de Pablo* acaba de hacer el tránsito espiritual por los oscuros y confusos vericuetos del laberinto de la crisis venezolana. Dédalo, el gran arquitecto de Creta, cumplió con la encomienda de construir el primer laberinto que se recuerda, con tal confusión de estancias, pasillos, escaleras y rincones, que no llevaran a ningún sitio. Los laberintos son temibles, precisamente, porque inducen a la confusión fatal, a la trampa obsesiva de deambular sin rumbo volviendo una y otra vez a las mismas oscuras estancias. Hace dos décadas ninguno de nosotros podía imaginar que la aventura que estrenaba la sociedad venezolana, quitándose de encima el yugo de AD y de COPEI, en realidad era el cándido ingreso en un laberinto infernal del que no acierta a salir y donde el monstruoso minotauro le exigiría el sacrificio, incluso sangriento, de sus mejores hijos e hijas".

No crecí en un entorno religioso, pero por razones desconocidas para mí, siempre he tenido una relación profunda y cercana con el mundo espiritual, y dos de las personas a las que me une un profundo respeto y amistad son jesuitas, Mikel de Viana y Luis Ugalde. Ambos han sido voces claves en denunciar la destrucción de Venezuela que han perpetrado los regímenes de Chávez y Maduro, y en pedirle responsabilidad al liderazgo político de la nación. Ambos profundamente ligados al País Vasco y a Venezuela. Uno de ellos tiene la fortuna de todavía poder moverse entre los dos mundos con relativa libertad. El otro sufrió los rigores duros de la separación y la partida de su patria. No puedo añadir nada a la sencilla y demoledora frase que me escribió su hermano José María en WhatsApp, en nuestro diálogo digital después de conocerse su fallecimiento: "El exilio lo mató". Pero su legado y su vida extraordinaria sobreviven en nosotros. Se ha marchado un guía religioso y un luchador por la libertad de Venezuela, y ambas existencias fueron verdaderas. Ya vendrán otros tiempos cuando su memoria de visionario y de *gudari*, guerrero en euskera, como bien apuntó el padre Pello en la misa en memoria de Mikel, será reconocida.

INVESTIGACIÓN >> BLANCA DE LIMA URDANETA

Una historia de familia, los Senior de Coro

ISAAC LÓPEZ

"Utilizando documentos de archivos de La Haya, Curazao, Aruba, Caracas y Coro, entre otros, Blanca De Lima Urdaneta traza las líneas maestras de esta familia y reconstruye sus distintas ramas y enlaces. Un trabajo que nos muestra la plenitud y madurez de la formación de esa destacada investigadora que es Blanca De Lima Urdaneta. Admirable el trabajo de rastreo"

CEMENTERIO JUDÍO DE CORO / CREATIVE COMMONS

BLANCA DE LIMA URDANETA/ARCHIVO

En el ámbito académico nacional el estudio de los grupos familiares y su importancia en la conformación del ser venezolano cobró renovado impulso y tratamiento a finales del siglo XX e inicios del XXI, quizás como respuesta o complemento al auge de la historia regional.

Trabajos como *Linajes de la elite colonial merideña. Gavirías y Avendaños (Siglos XVI y XVII)* de Yuleida Artigas y Robert Castillo (ULA, 1998); "Fundamentos y contradicciones del estamento nobiliario en Indias (La nobleza criolla en la Provincia de Caracas)" (1999) de Inés Quintero; *Aristocracia, honor y subversión en la Venezuela del siglo XVIII* de Frédérique Langue (Academia Nacional de la Historia, 2000); *Familia, trabajo e identidad* de Letizia Vaccari, Mercedes Ruíz Tirado, Niria Suárez y Luz Peñalver (ULA, 2000); *Historia, género y familia en Iberoamérica (siglos XVI al XX)* coordinado por Dora Dávila (UCAB, 2004); o *La heroica aventura de construir una familia. Familia y nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)* de Mirla Alcibíades (Monte Ávila Editores, 2004); son solo una pequeña e importante muestra.

Egresada en Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México, y del doctorado en Historia de la Universidad Central de Venezuela con un importante trabajo sobre la firma comercial coriana I.A. Senior, tutelado por el profesor José Ángel Rodríguez, Blanca De Lima Urdaneta dio a la luz en 2018 *Los Senior de Coro*.

Gracias a la generosidad de la autora, y a la gestión amable de Carlos Sandoval, José Gregorio Vásquez y Norbert Molina Medina he recibido ese importante trabajo, con el cual estoy encantado.

Se trata de una historia que abarca desde 1410 a la actualidad. Una investigación formidable realizada en cinco años, nos dice la autora, que tuvo el respaldo de un miembro de ese linaje –quien realizó la inversión económica– y cuyo resultado es un libro magníficamente diagramado e ilustrado por La Galaxia. Una joya como producto editorial por el estudio que contiene y por sus características físicas (diagramación, diseño e ilustración), el cual muestra la evolución de ese grupo familiar de origen sefardí a lo largo del tiempo. Su asentamiento en Coro, casa, raíz, reinterpretación, y posterior traslado a Caracas, Barquisimeto y otras ciudades del país y del exterior. Las diásporas judeo-sefardíes.

Utilizando documentos de archivos de La Haya, Curazao, Aruba, Caracas y Coro, entre otros, Blanca De Lima Urdaneta traza las líneas maestras de esta familia y reconstruye sus distintas ramas y enlaces. Un trabajo que nos muestra la plenitud y madurez de la formación de esa destacada investigadora que es Blanca De Lima Urdaneta. Admirable el trabajo de rastreo.

No es un libro aislado, ni producto de la inercia o del afán de figuración que mueven a muchos historiadores, pichones de historiadores y pretendidos historiadores en estos tiempos de Venezuela. Es la continuidad de una tarea: la misma del trabajo sobre el ferrocarril Coro-La Vela (1995); del texto de los Welser publicado en el *Boletín del Centro de Historia del Estado Falcón* (1997), la de los caquetíos publicado en el catálogo de la exposición del Museo Diocesano de Coro (1999), la del libro *Coro: fin de la diáspora. Isaac A. Senior e hijo: redes comerciales y circuito exportador (1884-1930)* (2002), y del estudio *Dolor y amor, ángeles y plañideras: Cementerio judío de Coro* (2005), entre otros.

Los Senior de Coro es un libro no comercializable, sino –supongo– destinado a los propios miembros de la familia Senior (Pesa 3 kilos 600 gramos según el editor Vásquez Castro).

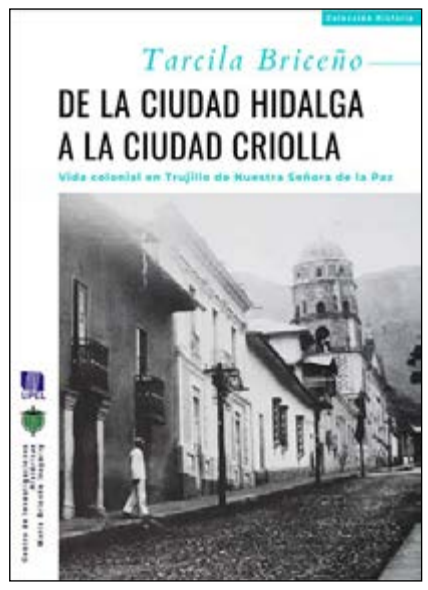
En estos tiempos venezolanos en los cuales muchos historiadores trabajan para empresas, organizaciones, bufetes, entes o familias que quieren descubrir su "historia de familia" pues necesitan el informe de filiación para demostrar su descendencia de sefardíes, españoles, portugueses o italianos, –una vía de escape nada cuestionable– este trabajo muestra que esos no son asuntos de la improvisación sino de amplia dedicación como la ha tenido esta investigadora al tema.

Quiero manifestar mi emoción y agradecimiento a la doctora Blanca De Lima por este regalo estupendo. Es realmente una maravilla que hay que reseñar detenidamente. Mientras, comparto con contactos y amigos esta novedad y excentricidad que viene a sumarse a la bibliografía sobre el tema familia en la historia de Venezuela.

Blanca De Lima. *Los Senior de Coro*. Caracas, Fundación Los Senior de Coro/Morris Senior Pérez, 2018, 643 págs.

De la ciudad hidalga a la ciudad criolla…

PANCHO CRESPO QUINTERO



Me permito unas generalidades. Antes de la ciudad propiamente dicha estuvieron el escondrijo, la caverna, el campamento, la aldea, el caserío; acercamientos entre humanos en los que paulatinamente se fueron extendiendo y complejizando las relaciones. De cualquier manera, los humanos nos juntamos para ayudarnos a superar deficiencias, para resolver problemas, para acompañarnos y protegernos, esas son las primeras motivaciones, pero de ahí en adelante irán apareciendo nuevas y diversas necesidades y deseos: procrear, almacenar, divertirse, dominar, etc. En todo caso la ciudad es la propiciadora del ser social en su más amplia y compleja expresión, es lo propiamente humano creado por el hombre, o sea la antípoda de la naturaleza (¿será la ciudad la naturaleza del hombre?). La ciudad es el paraíso construido por los hombres, aunque en algunos casos se empecine en parecerse a un infierno, ella, por su cuenta, porque cobra vida propia.

Qué posibilita definir la ciudad. Primero que nada, su asentamiento en un territorio, toda ciudad tiene unos límites territoriales (no límites como limitantes sino como fronteras, sin olvidar que las fronteras perfectamente pueden ser imaginarias), pero obviamente no es eso lo único. La ciudad es la concentración del poder y también la manifestación de este. Y el poder tiene dos expresiones básicas (a veces profundamente entremezcladas e interdependientes): lo humano y lo divino; en el caso que nos ocupa, lo civil y lo religioso. Estas dos dimensiones se manifiestan con mayor claridad en el tiempo de la conformación inicial de la ciudad, en su gestación; en lo referente al libro de la historiadora Tarcila Briceño, el período colonial en América Latina.

La profesora Briceño lo dice con toda claridad: "…la ciudad colonial, antes que una realidad urbana comenzó por ser una realidad jurídica, y como tal su esencia residirá, más que en la *urb* (o en su espacio urbano) en el ejercicio del poder institucionalizado a través del Cabildo, el cual junto con la Iglesia tendrá en sus manos la organización del territorio y dará pautas para regir la vida de la comunidad". Esto viene a ser entonces lo central en el libro *De la ciudad hidalga a la ciudad criolla. Vida colonial en Trujillo de Nuestra Señora de la Paz* (UPEL. Instituto Pedagógico de Caracas. Instituto de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry. Caracas. 2022). Una acuciosa investigación sobre el Cabildo asentado en el lugar (el Valle de los Mucas) de la última mudanza de la ciudad de Trujillo, los tres conventos que en ese lugar hubo (San Francisco, Santo Domingo y *Regina Angelorum*), y el poder irradiado por estas dos instituciones en un territorio mucho más amplio que el límite físico de la ciudad (siete "manzanas" de largo por tres de ancho, según la planta de la Ciudad de Trujillo –1570–, correspondiente al Anexo F, pag. 238. Hay que señalar que los anexos, ocho en total, uno de ellos de veintitrés páginas, no tienen ningún señalamiento en el cuerpo del libro, en tal sentido resultan casi innecesarios).

Tarcila Briceño en *De la ciudad hidalga a la ciudad criolla* centra todo su esfuerzo como investigadora en una acuciosa pesquisa de la conformación del Cabildo colonial y los tres conventos antes señalados, por supuesto basándose en las familias, los apellidos, el linaje de la "sangre azul", "la aristocracia territorial" (la hidalguía) involucrados en estos dos centros de poder. Como bien lo señala la profesora Briceño, una copia de la ciudad aristócrata hispana, una copia tanto en la dinámica social como en la conformación física. Desafortunadamente la profusión de datos (no dudamos en valorar el enorme trabajo de recopilación que ha de haber exigido) por momentos tiende a confundir un tanto, hace que nos perdamos en ese historiar; su presentación –no dudamos que su realidad así lo fuera– se nos presenta un tanto laberíntica. La necesaria claridad al respecto pudiera haberse ayudado con algunos cuadros cronológicos y algunos árboles genealógicos, que se echan en falta.

Qué características le dieron en su momento estas familias hidalgas a la ciudad de Trujillo, en qué demarcaron o contribuyeron a la identidad de la posterior ciudad criolla. Me hago estas preguntas, para las que no encontré respuestas, porque la misma autora del libro dice que el trabajo del historiador (que es su caso) "se orienta hacia la reconstrucción del pasado en función del presente, para buscar respuestas a interrogantes sobre el comportamiento de su gente, ya sea en términos de una praxis política, económica, social, ética o de una mentalidad y sus representaciones" (p. 9). El resultado de esta acuciosa investigación es un texto que se queda en lo puramente descriptivo, con el agravante de que parece anunciar otros derroteros (según las palabras que he citado), es decir, no hay esas "respuestas" que según la profesora Briceño, debe "buscar" el historiador. Probablemente los dos últimos capítulos, "La ciudad hidalga…" (pp.141-201) y "La ciudad se hace criolla" (pp.203-226) tengan una intención un tanto analítica, pero su carga pura y fríamente descriptiva está demasiado presente. Me gustaría pensar que el enorme esfuerzo de recopilación y la paciencia que evidentemente debe haber exigido esta investigación, pretendía servir de motivación a lectores legos o iniciados para asumir la tarea de buscar, descubrir, armar significaciones en y del ánima de la ciudad.

Sin ninguna duda, lo anteriormente dicho es el reflejo de mis personales expectativas. Claro está, me gusta suponer que son también las expectativas de otros, máxime en los tiempos que corren donde el aceleramiento de los cambios hace indispensable un "cable a tierra" (el pasado es esa tierra) para tratar de que el presente no nos haga polvo, aunque como bien se nos ha dicho, de ahí venimos. La amplísima información que se nos ofrece en esta investigación da muestras claras de que, por lo menos en lo referido al período colonial, cuando se habla de la ciudad (Trujillo), se está hablando de unos límites territoriales que van mucho más allá "de la última casa del pueblo" (las comillas son mías). En tal sentido se genera la idea, por una parte, de que lo que hoy día es el Estado Trujillo, es hechura de lo que ayer fue "la ciudad de Trujillo", y por otra, de que es "la ciudad de Trujillo" el espacio generador de eso impreciso que, a falta de un mejor nombre, podríamos llamar *trujillanidad*. Llego a estas inquietudes más por la confusión que por el estímulo ya que, aunque en el libro se ha advertido que la ciudad llega hasta donde llegan los brazos de su Cabildo y sus conventos, la enumeración de situaciones y la manera como se narran los hechos no deja meridianamente clara esa realidad. Estoy convencido de que todo esto exigía alguna aclaración en el texto.

Todo pareciera indicar que *De la ciudad hidalga a la ciudad criolla…* está concebido para iniciados en el tema; tanto el tema Trujillo como el tema Investigación Histórica. Esto no es ni una virtud ni una falencia, pero quizá sí un riesgo que se hubiese podido evitar haciendo algunas más claras advertencias al respecto, sobre todo para no confundir (o aburrir) a los legos. Por ejemplo (aparte de lo ya referido respecto a familias o apellidos), sin que necesariamente se caiga en lo escolar, considero que hubiese sido muy útil un glosario de términos, que siempre evita confusiones y al mismo tiempo ilustra. De la misma manera, hubiese resultado muy esclarecedor la incorporación de unos planos que mostraran la evolución temporal-territorial del poder del Cabildo y de los conventos, estoy seguro hubiesen ayudado a entender la presencia-movilidad de la ciudad en un espacio que tiempo después sería el Estado. Por último, llama la atención que, siendo tan interesante, particular y debatido (aunque aún no del todo) lo referente a la fundación de Trujillo, los varios traslados o mudanzas de la ciudad (por lo que ha dado en llamársele la "Ciudad Portátil"), no se le haya dedicado el suficiente espacio y el suficiente sentido crítico al tema, sobre todo quedando tanta tela que cortar en él. En su descargo pudiéramos decir entonces que la profesora Briceño no cerró esa puerta… seguramente nunca fue su intención.

De la ciudad hidalga a la ciudad criolla. Vida colonial en Trujillo de Nuestra Señora de la Paz es un valioso aporte en la ordenación de la información respecto al Trujillo de la Colonia. Como ya lo hemos dicho, muestra una preocupada y especialmente amplia revisión de la bibliografía (documentos originales y estudios) referida directa o tangencialmente al Trujillo (enclave urbano y región) de entonces. En ello radica la principal virtud de este estudio.